

Robert M. Bowman, Jr.

ORTODOXIA

HERESÍA

**Una guía bíblica para
el discernimiento doctrinal**

Prólogo por Fernando D. Saraví

“En nuestra era de medios sociales, la apologética popular cristiana está con demasiada frecuencia dominada por ampulosa y demagogia. Pero el enfoque íntegro y accesible de Bowman para el discernimiento - arraigado en la Escritura y presentado de una forma razonable y de sentido común - ofrece un remedio para una hueste de males que plagan la iglesia mundial. *Ortodoxia y herejía* es ciertamente un libro que hace discípulos y merece la más amplia difusión posible.”

Paul Carden
Director Ejecutivo, The Centers for Apologetics Research
(Centros para la Investigación Apologética)

“En el mundo de hoy es críticamente importante que los cristianos sean capaces de discernir entre la verdad y el error doctrinal. ¿Pero cómo hace uno para desarrollar tal necesaria destreza teológica? Afortunadamente, Robert Bowman, un prudente pensador y maestro cristiano, ofrece una guía cristiana confiable para el discernimiento doctrinal en su libro *Ortodoxia y herejía*. Esta obra breve y amena es bíblicamente sana, teológicamente bien informada y misericordiosa en perspectiva.”

Kenneth Richard Samples
Experto Superior en Investigación, Reasons to Believe
(Razones para Creer).

“Rob Bowman es uno de los verdaderos siervos del cristianismo evangélico. Además de ser fabulosamente culto, es genuinamente humilde y práctico. Todo lo que escribe está pensado a fondo y sin prejuicios. No puedo creer que ya hace 25 años que fue publicado *Ortodoxia y herejía*. Leí el original en los 90 y desde entonces lo he usado numerosas veces en clases de seminario. Esta revisión del excelente original de Rob es un regalo para todos nosotros. Recomendando fuertemente este libro.”

Robert B. Stewart
Cátedra Greer-Heard de Fe y Cultura,
New Orleans Baptist Theological Seminary
(Seminario Teológico Bautista de Nueva Orleans).

“En un tiempo en que se les dice a los creyentes que tener una experiencia es todo lo que necesitan para poner a prueba la validez de una doctrina, llega la muy necesitada *Ortodoxia y herejía* por Robert M. Bowman Jr. El libro es una equilibrada advertencia para alertar a los cristianos de las señales de peligro de desviación doctrinal. Las distinciones de Bowman entre creencia aberrante, doctrina insana y doctrina chatarra son tremendamente útiles.”

G. Richard Fisher
Director, Personal Freedom Outreach
(Extensión de Libertad Personal)

“Robert Bowman es un destacado especialista en apologética, especialmente en relación con las sectas y nuevos movimientos religiosos. Como todo su trabajo, *Ortodoxia y herejía* es notable por su claridad, prudencia y argumentación lógica.”

Tesfaye Robele
Fundador y Director, The Evangelical Society for Apologetics
(Sociedad Evangélica de Apologética).

ORTODOXIA Y HEREJÍA

*Una guía bíblica para el discernimiento
doctrinal*

Robert M. Bowman Jr.



Título original en inglés: *Orthodoxy and Heresy: A Biblical Guide to Doctrinal Discernment*

Publicado originalmente por Baker Book House en 1992

Edición revisada por el autor, noviembre de 2012

Primera edición en español: marzo de 2019

Traducción: Fernando D. Saraví

Revisión de estilo: César Orellana

Diagramación y diseño de interior: César Orellana

Diseño de portada: Lynn Hitchcock / www.inspiredgraphics.org

Traducido con permiso.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la versión *La Biblia de las Américas* (LBLA)

© 1986 The Lockman Foundation. Usado con permiso.

La versión electrónica de este libro es ofrecida por el Institute for Religious Research en su sitio web www.irr.org. Se permite la descarga (download) y la impresión de este libro, pero queda prohibida cualquier alteración del mismo, incluyendo el contenido del texto, la eliminación o modificación de los datos de autor y créditos correspondientes (Copyright).

© 2019 Robert M. Bowman Jr. | Derechos reservados



CONTENIDO

<i>Prólogo por Fernando D. Saraví</i>	5
<i>Prefacio por el autor</i>	9
PRIMERA PARTE: El caso del discernimiento doctrinal	11
1. ¿Es la doctrina realmente necesaria?	12
2. La doctrina y la salvación	16
3. Juzgar a otros, ¿siempre está mal?	19
4. Objeciones contra el discernimiento doctrinal	23
5. La definición de ortodoxia y herejía	31
6. No siempre es blanco o negro	34
SEGUNDA PARTE: Lineamientos para el discernimiento doctrinal	38
7. Principios para identificar la herejía	39
8. ¿Qué es la doctrina?	44
9. Clases de doctrinas heréticas	48
10. Un curso breve de sana doctrina	52
11. ¿Quién debería juzgar?	60
12. Los “diez mandamientos del discernimiento”	63
<i>Apéndice A: El chequeo de la enseñanza de una iglesia</i>	67
<i>Apéndice B: Sobre el uso de la palabra secta</i>	69
<i>Glosario</i>	70
<i>Lecturas recomendadas</i>	72
<i>Ministerios de discernimiento doctrinal y enseñanza</i>	74
<i>Otras obras del autor</i>	75
<i>Acerca del autor</i>	76

PRÓLOGO

*“Dios no necesita mi conocimiento,
pero mucho menos mi ignorancia.”*

La frase de arriba se la escuché decir una vez a nuestro misionero y pastor, el inolvidable Jaime Taylor (1908 – 1988) y tiene hoy, si cabe, más vigencia que hace treinta años.

En sus *Meditationes Sacrae* (1597), Roger Bacon escribió “*ipsa scientia potestas est*” (el conocimiento mismo es poder), refiriéndose a que el conocimiento que Dios tiene es parte de su poder. La frase ha sido luego aplicada a los hombres. Con el lema “el conocimiento es poder”, la sociedad contemporánea muestra cada vez más consciencia de la importancia del conocimiento en todos los ámbitos de la vida. No obstante, tengo la sensación de que un ámbito en el cual tal consciencia no se ha instalado y hasta – en algunos casos – ha sido deliberadamente excluida, es en la vida de muchas congregaciones cristianas.

Hoy se habla mucho, y con razón, acerca del discernimiento espiritual, pero poco o nada del discernimiento doctrinal. En muchas librerías cristianas se encuentran obras devocionales, de autoayuda, testimoniales e incluso novelas, pero pocos textos que traten seriamente de las doctrinas cristianas. La razón de este estado de cosas es, por supuesto, la demanda de los clientes. Parece haber poco interés en profundizar en el conocimiento de las sólidas raíces de nuestra fe.

Muchas predicaciones que se oyen refuerzan la sensación de que el énfasis está desmedidamente puesto en lo que debemos hacer, con pocas explicaciones de por qué debemos hacerlo y escaso incentivo para el conocimiento organizado. Creo que todos estaremos de acuerdo en que la práctica es fundamental, pero muchos no le dan a la doctrina el lugar que merece. Tal vez se presupone que todos los cristianos conocen o llegarán a conocer las doctrinas fundamentales si permanecen suficiente tiempo en la iglesia, pero no veo mucho fundamento para tal conjetura. En mi experiencia, no es raro que creyentes fieles y de buen testimonio alberguen dudas sobre aspectos muy básicos de nuestra fe, incluso luego de muchos años de congregarse.

Si la formación de muchos adultos es preocupante, la de muchos jóvenes es directamente alarmante. En numerosas congregaciones, es frecuente que las actividades destinadas a los jóvenes parezcan más dirigidas a entretenerlos que a formarlos. Las nefastas consecuencias de esta tendencia se evidencian cuando nuestros jóvenes entran a la universidad y vacilan en su fe – o directamente la abandonan – ante burdos planteos tan insostenibles filosóficamente como teológicamente. Pero a nuestros jóvenes les parecen objeciones válidas y amenazantes, simplemente porque jamás las han escuchado ni se les ha proporcionado elementos para analizarlas con ecuanimidad.

Todos sabemos que el mero conocimiento envanece (1 Corintios 8:1), pero esto no significa que debamos renunciar a una mejor comprensión de nuestra fe. No se trata de elegir entre el amor y la verdad. Necesitamos ambos (Efesios 4:15). El cristianismo puede legítimamente caracterizarse como la religión del amor y es a la vez tanto una religión como una relación con Dios y nuestros semejantes. Pero los cimientos sobre los cuales se edifica todo son las enseñanzas de la Palabra de Dios, que capacitan a la iglesia para ser columna y baluarte de la verdad (1 Timoteo 3:15).

Los cristianos creemos que Dios se ha revelado en la historia humana y que la Biblia es la Palabra de Dios. Creemos que Dios subsiste eternamente como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creemos que Jesucristo es a la vez perfectamente Dios y hombre. Creemos que Jesucristo murió y resucitó. Creemos que podemos reconciliarnos con Dios y ser salvos por la fe en Jesucristo. Creemos que todos los que han depositado su fe en Jesucristo forman su iglesia. Creemos que el Señor ha de retornar visiblemente en gloria y majestad para consumar su obra de salvación. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero la cuestión es que cada una de las afirmaciones mencionadas son proposiciones concretas y ciertas. Cada persona que aspire al nombre de cristiano debe creerlas.

Todas las proposiciones anteriores son enseñadas en la Biblia, ya sea explícitamente o por clara implicación. Por esta razón forman las creencias que nos definen como cristianos desde el punto de vista intelectual y constituyen lo que el Apóstol Pablo llama “sana doctrina” (1 Timoteo 1:10; 2 Timoteo 4:3; Tito 1:9; 2:1). Empleada en este sentido, la palabra griega *didaskalia* (doctrina) se refiere a “aquella «ortodoxia» relativamente fijada que las iglesias han recibido, la cual es su obligación preservar contra la herejía”.¹ En otras palabras, tempranamente en la historia de la iglesia se tornó necesario distinguir la enseñanza verdadera de la falsa enseñanza. Esta tarea continúa hasta nuestros días.

En efecto, a medida que la iglesia reflexionó sobre las verdades reveladas en la Escritura, halló necesario organizar los resultados de su creciente comprensión de manera precisa, armónica y consistente. Este desarrollo doctrinal fue una tarea emprendida por muchos maestros cristianos a lo largo de siglos, y su resultado fue permitir la formulación de las proposiciones teológicas que conforman la ortodoxia cristiana. No obstante, en el curso de este proceso surgieron nociones que de una manera u otra eran inconsistentes con la Palabra de Dios o directamente la contradecían.

Este fenómeno hizo su aparición ya en la iglesia del tiempo de los apóstoles, como lo indican, por ejemplo, Gálatas con su refutación del partido judaizante y 1 Juan con su denuncia de quienes niegan que Jesucristo hubiera venido en la carne (es decir, que fuera plenamente humano). En su breve epístola, Judas denuncia a falsos maestros y exhorta a “contender ardientemente por la fe que de una vez para siempre fue entregada a los santos” (v. 3). Estos ejemplos, y otros que podrían aducirse, muestran que las falsas doctrinas, que deben considerarse herejías, surgieron en el seno mismo de la iglesia y por eso mismo representaron amenazas graves a la integridad doctrinal del cristianismo naciente.

PRÓLOGO

Luego de la muerte de los Apóstoles, Dios levantó maestros que a pesar de no ser infalibles, conservaron la sana doctrina. La constante amenaza de diversas herejías sirvió como un providencial acicate que forzó a los autores cristianos a formular con cada vez mayor claridad aquella fe dada a los santos. Actualmente, algunos piensan que las diferencias entre las diversas doctrinas reflejaban meramente una lucha de poder, y que se llegaron a considerar ortodoxas aquellas enseñanzas sostenidas por los ganadores de la contienda. Esta opinión pasa por alto que, durante los tres primeros siglos de su existencia, el cristianismo era considerado una religión ilícita en el Imperio Romano, de modo que no había realmente ningún poder que disputar. Esta situación cambió cuando la proscripción del cristianismo fue levantada en el siglo IV, pero incluso así prevaleció generalmente la salvaguarda de la ortodoxia como el interés fundamental de la Iglesia, a pesar de algunas disputas de poder.

En una obra que reseña la historia de las principales herejías dentro de la Iglesia cristiana, Alister McGrath ha escrito:

Algunos han sugerido que “herejía” es esencialmente una idea pasada de moda, con poca o ninguna relevancia para la vida de la iglesia moderna (...) Se afirma ampliamente que refleja las preocupaciones y agendas de eras remotas en la historia de la iglesia y que puede descartarse con seguridad. Sin embargo, el análisis ofrecido en esta obra indica que esto simplemente no es correcto, principalmente por dos razones. Primero, la ocupación en la ortodoxia es esencialmente la búsqueda de la autenticidad cristiana (...) Segundo, las herejías, como la historia, tienen el hábito de repetirse a sí mismas.²

Es en este contexto que puede apreciarse el singular valor de la presente obra de Robert M. Bowman Jr., que tuve el placer de traducir y tengo el honor de presentar al público de habla castellana.

El doctor Robert M. Bowman Jr. (nacido en 1957) es un erudito cristiano de amplia experiencia en apologética y autor de varios libros. Ha trabajado con el Christian Research Institute (Instituto Cristiano de Investigaciones) y la North American Mission Board (Junta Misionera de Norteamérica). Fue también director del Institute for Religious Research (Instituto de Investigaciones Religiosas).

La presente obra del Dr. Bowman, *Ortodoxia y herejía*, tiene la virtud de proporcionar orientación en un tema de gran importancia y actualidad que, sin embargo, se encuentra huérfano de estudios serios y equilibrados. Creo sinceramente que, como es el deseo expresado por el autor, puede ser muy útil para cristianos de diversas tradiciones, ya que se centra en principios y lineamientos generales más que en doctrinas específicas en las cuales puede haber diferencias denominacionales.

El libro está dividido en dos partes. En la primera parte, el doctor Bowman presenta los argumentos bíblicos que justifican la práctica permanente del discernimiento doctrinal. Define claramente qué debe entenderse por “ortodoxia” y “herejía”, y advierte sobre ciertas dificultades que a menudo se presentan. Además responde algunas objeciones frecuentes que se levantan contra el ejercicio de esta tarea imprescindible.

Habiendo justificado la necesidad de discernimiento doctrinal, en la segunda parte el doctor Bowman proporciona lineamientos para su práctica. Fiel a su intención de ser útil para las diversas tradiciones cristianas y con espíritu irénico, formula cuatro principios de discernimiento, a los que llama protestante, evangélico, ortodoxo y católico, destacando

también su interrelación. A continuación, explica con mayor amplitud qué es la doctrina y propone una útil clasificación de doctrinas heréticas. También presenta, de manera concisa, las doctrinas fundamentales del cristianismo, y destaca su interrelación. Este tema es de particular importancia, pues un error en cualquier doctrina fundamental inexorablemente afectará la comprensión de otras doctrinas. Por ejemplo, un error en cristología (doctrina sobre Jesucristo) afectará la comprensión de la antropología (doctrina sobre el hombre), de la soteriología (doctrina de la salvación) y de la eclesiología (doctrina sobre la iglesia). A esto le sigue una discusión sobre quién debe ejercer el discernimiento doctrinal. La segunda parte concluye con un resumen muy útil, que presenta “los diez mandamientos” del discernimiento doctrinal.

La obra se completa con dos apéndices, un glosario y una selección de referencias bibliográficas y ministerios de discernimiento doctrinal.

Es nuestra plegaria que la presente obra traiga vigor y solidez a la vida de las iglesias y se difunda para la gloria de Dios y el desarrollo de su plan de salvación.

Fernando D. Saraví
Enero de 2019

¹ WEGENAST, K. Artículo *Teach*. En: Colin Brown (Editor), *New International Dictionary of New Testament Theology* (Nuevo Diccionario Internacional de Teología del Nuevo Testamento). Grand Rapids: Zondervan, 1978; 3: 770.

² MCGRATH, Alister. *Heresy: A History of Defending the Truth* (Herejía: Una historia de la defensa de la verdad). New York: HarperOne, 2009, p. 231-232.

PREFACIO

Las palabras *ortodoxia* (y *ortodoxo*) y *herejía* (y *herético*) eran tan impopulares en 1992, cuando este libro se publicó por primera vez, como lo son ahora. Identificar las propias creencias como “ortodoxas” es ampliamente criticado como arrogante y describir las creencias de otros como “heréticas” es casi universalmente censurado como intolerante. Para mucha gente, hablar acerca de la herejía evoca inmediatamente imágenes de clérigos siniestros disfrutando maliciosamente el espectáculo de gente siendo quemada en la hoguera por dar algunas respuestas erróneas a un cuestionario doctrinal. El lector puede sentirse aliviado de saber que quemar herejes en la hoguera no es parte del plan de este libro.

La idea de ejecutar a los herejes fue una aberración de la historia cristiana que no resultó de la creencia en la doctrina ortodoxa, sino de una confusa comprensión de la relación entre la iglesia y el estado. Esto significa que la práctica surgió de una comprensión inadecuada de la doctrina de la iglesia. Lo que se necesitaba, en síntesis, era una *mejor doctrina*. La solución no es tratar todos los asuntos doctrinales como triviales, sino repensar los supuestos doctrinales que han llevado a tal lamentable práctica.

La distinción entre ortodoxia y herejía es, en su raíz, una distinción entre la doctrina verdadera y correcta y la doctrina falsa y errónea. La idea de que los herejes deban ser ejecutados por el estado es una falsa doctrina. Esto significa que cualquiera a quien no le gusta la idea de ejecutar a los herejes – y esperamos que eso nos incluya a todos – debiera estar a favor de establecer correctamente la doctrina.

Desafortunadamente, nunca ha sido mayor la necesidad de distinguir entre buena y mala doctrina. La facilidad de las comunicaciones en la era digital ha hecho posible para cualquier falso maestro con un teléfono reunir seguidores a través de la “blogósfera”. Cuando el apóstol Pablo habló sobre los peligros de ser “llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina” (Efesios 4:14), no pudo haber imaginado que la falsa doctrina podría ser transmitida alrededor del mundo oprimiendo un botón. El desafío debe enfrentarse en la misma forma en que Pablo indicó hace dos milenios: creciendo hacia la madurez en el conocimiento de Jesucristo, basados en las revelaciones dadas a través de los apóstoles y los profetas en la Escritura, predicadas por evangelistas en todo el mundo y aprendidas a través de los ministerios locales de pastores y predicadores (Efesios 4:11-13). La verdad no ha cambiado, incluso cuando los medios que empleemos para difundir tal verdad hayan cambiado.

En este libro, intento establecer un enfoque equilibrado para el tema del discernimiento doctrinal. Con “equilibrado” quiero decir uno que evite dos extremos. En un extremo está el enfoque de menospreciar la importancia de la verdad doctrinal, reduciendo

la fe cristiana a felices sentimientos y sacrificando la verdad, supuestamente en aras de la unidad. En el otro extremo está el enfoque de atacar celosamente a quienes difieren doctrinalmente de nosotros en cualquier forma, reduciendo la fe cristiana a conocimiento intelectual y sacrificando la unidad, supuestamente en aras de la verdad. Estos extremos son inaceptables, porque “la unidad de la fe” está basada en el “conocimiento pleno del Hijo de Dios” (Efesios 4:13). Los cristianos no deben caer en la trampa de elegir entre la verdad y el amor; en lugar de esto, el camino a seguir es hablar “la verdad en amor” (Efesios 4:15). Quienes afirman estimar la verdad pero no aman no están viviendo conforme a la verdad; quienes afirman amar pero no aprenden ni enarbolan la verdad no están amando a Dios con toda su mente ni amando a su prójimo que necesita saber la verdad (Marcos 12:30-31).

Este libro se divide en dos partes. En la primera presento una defensa bíblica a favor de la práctica de distinguir entre doctrinas ortodoxas y heréticas. En la segunda parte, ofrezco lineamientos para el discernimiento doctrinal.

Con el propósito de hacer este libro utilizable por quienes, de otro modo, podrían ser repelidos por el tema, he evitado hacer referencia a grupos, doctrinas o prácticas heréticas o subortodoxas específicos.

La razón para abstenerme de dar ejemplos específicos es que, de esta manera, el libro puede ser leído sin conflictos por personas de grupos religiosos que desalientan la lectura de literatura que critique sus creencias. También evito en este libro referirme a maestros y escritores cristianos específicos cuyos enfoques del discernimiento doctrinal difieren del mío. Además, he escogido no citar ni mencionar otras fuentes que la Biblia. Si usted piensa que estas elecciones debilitan el libro, yo concuerdo en un sentido; pero estoy intentando alcanzar ciertas clases de lectores que serían difíciles de alcanzar con el libro de teología típico. Como cualquiera que esté familiarizado con mis otros escritos ya sabrá, no tengo problema en criticar grupos y maestros religiosos específicos (e incluso explico en este libro por qué necesitamos hacer eso) y pienso que debiéramos aprender todo cuanto podamos de fuentes externas a la Biblia que puedan enriquecer nuestra comprensión de sus enseñanzas. Al final del libro se proporciona una bibliografía de lecturas recomendadas.

Con respecto a las citas bíblicas, en la mayor parte de los casos simplemente doy la referencia y espero que los lectores vean el pasaje por sí mismos. Cuando he citado textualmente la Biblia, las citas son tomadas de La Biblia de las Américas.

Mis propias convicciones teológicas son evangélicas protestantes. La mayor parte de lo que tengo para decir en este libro, sin embargo, es compatible también con otras tradiciones cristianas.

Mi comprensión de los asuntos tratados en este libro ha sido ayudada e influenciada por una variedad de personas a lo largo de los años. Entre ellas quisiera mencionar en especial a dos queridos amigos míos: Vern Sheridan Poythress del Westminster Theological Seminary (Seminario Teológico Westminster) y Kenneth Richard Samples de Reasons To Believe (Razones para Creer). Mi pensamiento también fue estimulado por las muchas horas de conversación teológica que disfruté con mi difunto padre, el Dr. Robert M. Bowman (1934 – 2013).

Quiera el Señor complacerse en usar este librito para alentar a los creyentes en Jesucristo para hablar la verdad en amor, edificarse unos a otros en la fe y llevar la luz del evangelio a quienes están en tinieblas.

Robert M. Bowman Jr.
Abril de 2016

PRIMERA PARTE

El caso del discernimiento doctrinal

1

¿Es la doctrina realmente necesaria?

Las palabras *doctrina* y *doctrinal* se han tornado términos despreciativos para muchos, junto con palabras como *dogma*. Incluso muchos cristianos evangélicos, quienes afirman ciertas doctrinas, le prestan poca atención a la doctrina más allá de cierto mínimo.

De entre las muchas objeciones a la doctrina cristiana, cinco pueden destacarse como especialmente influyentes. A menudo se dice que la doctrina es (1) irrelevante, (2) poco práctica, (3) divisiva, (4) no espiritual, e (5) incomprensible. La importancia de la doctrina puede mostrarse mejor mediante la presentación de respuestas positivas a estas acusaciones.

La relevancia de la doctrina

En el pensamiento popular, la doctrina tiene que ver con asuntos insignificantes que son irrelevantes para la mayoría de la gente. Aunque la doctrina puede ser trivializada, la doctrina cristiana es extremadamente relevante para todos. La doctrina cristiana (es decir, las enseñanzas de la Escritura) responde a los interrogantes fundamentales de la vida, como quién es Dios, quiénes somos nosotros, y por qué estamos aquí (Salmos 8:3-8; Hebreos 11:6). Cómo respondemos a estas preguntas moldea decisivamente la forma en que vivimos. Ignorarlas es andar despreocupadamente por la vida, inconscientes de lo que es realmente importante.

La doctrina es particularmente importante porque una proclamación sólida del evangelio de la salvación depende de una comprensión precisa de lo que es el evangelio, lo que es la salvación y de cómo se recibe la salvación (Gálatas 1:6-9; 1 Timoteo 4:16). De ello depende nada menos que nuestro destino eterno. No quiero decir que todos debemos volvernos teólogos y expertos en cada detalle de la doctrina para ser salvos. Pero la iglesia en su conjunto debe tener mucho cuidado de proclamar fielmente el *verdadero* evangelio, y todo cristiano está afectado por este asunto. Diré más sobre este punto más tarde.

Es verdad que algunos asuntos doctrinales son menos importantes que otros. Una de las funciones más cruciales de la teología cristiana, y una de las más descuidadas, es separar lo verdaderamente importante – lo *esencial* – de lo menos importante o incluso irrelevante (ver Romanos 14).

De modo que, empleada apropiadamente, la doctrina es muy relevante para la vida del ser humano, y la búsqueda de la sana doctrina debiera por lo tanto ser la preocupación de cada persona, al menos en cierta medida.

La practicidad de la doctrina

Es común en nuestros días afirmar que la práctica es más importante que la teoría – que la *ortopraxis* (hacer lo correcto) es más importante que la *ortodoxia* (creer lo correcto). Pero esta afirmación es, en sí misma, una teoría – algo que la gente piensa y luego dice, y entonces trata de poner en práctica. El hecho es que lo que *pensamos* determina lo que *hacemos*. Así, la doctrina – como algo que pensamos – afecta lo que hacemos y por lo tanto tiene importancia práctica.

Desde luego, debe reconocerse que los efectos prácticos de la doctrina tienen límites. La doctrina no siempre determina nuestras acciones, ya que la gente con frecuencia actúa por deseos o intereses contrarios a las doctrinas que sostiene. Por ejemplo, alguien puede creer como doctrina que mentir está mal, pero los pensamientos egoístas o arrogantes pueden prevalecer sobre las convicciones doctrinales y llevar a la persona a mentir. La practicidad de la doctrina no se encuentra en que *determine* nuestra práctica, sino en que la *informe* – en darnos el conocimiento con el cual, por la gracia de Dios, podemos hacer lo correcto.

El punto es que debiéramos considerar importantes *ambos*, el conocimiento y la práctica. En definitiva, lo importante es que una persona viva verdaderamente en obediente comunión con Dios y experimente su amor; en ese sentido, *por supuesto* que la práctica es más importante que la doctrina. Pero Dios mismo ha dejado claro que él emplea la doctrina para impulsar ese objetivo práctico en nuestras vidas.

La importancia práctica de la doctrina cristiana es, pues, enorme. La doctrina nos capacita para desarrollar una visión realista del mundo y de nosotros mismos, sin la cual estamos condenados a una vida infructuosa (Mateo 22:23-33; Romanos 12:3; 2 Timoteo 4:3-4). La doctrina nos puede proteger de creer falsedades que trastornan la fe de las personas o llevan a conductas destructivas (1 Timoteo 4:1-6; 2 Timoteo 2:18; Tito 1:11). La doctrina también nos prepara para ministrar a otros (Efesios 4:11-12).

La unidad de la doctrina

Quizás la crítica más común que la gente expresa acerca de la doctrina es que divide a las personas. Y de hecho, en la historia del cristianismo, como de otras religiones, a menudo se ha permitido que la doctrina divida a la gente de maneras reprochables. Pero en un sentido crucial, la doctrina está destinada a unir a la gente.

Si bien es cierto que la doctrina inevitablemente divide a la gente, esto no es algo totalmente evitable. La gente *piensa* diferentes cosas y *hace* diferentes cosas sobre la base de sus creencias discrepantes. Lo que es indeseable, sin embargo, es que la doctrina divida a personas que debieran estar juntas, o que las divisiones se expresen de maneras erróneas. Es decir que la doctrina no debiera dividir entre sí a fieles cristianos de modo que impida su comunión. Tampoco debiera la doctrina llevar a que las personas odien o maltraten a otras personas que tienen diferentes doctrinas.

La Biblia ordena a los cristianos que se aparten de falsos maestros o herejes sobre la base de factores doctrinales (Romanos 16:17; 2 Juan 9-11). Al hacerlo, *nos afirmamos juntos*

en unidad contra la herejía (Efesios 4:12-15). De este modo, afirmarse en una posición contra la herejía puede promover la genuina unidad cristiana.

A medida que los cristianos maduran juntos en su comprensión de la doctrina bíblica, se tornan más unidos a medida que su pensamiento es moldeado más y más en el mismo sentido (1 Corintios 1:10). Además, una comprensión equilibrada de la doctrina puede ayudar a los cristianos divididos por diferencias doctrinales a reconciliarse entre sí cuando aprenden cuáles puntos son menores o endebles y cuáles no lo son (1 Timoteo 6:3-5; Tito 1:9-14). De modo que una comprensión superficial de la doctrina fácilmente promueve la falta de unidad entre los cristianos, mientras que la profundización en la comprensión de la doctrina tiende a promover una mayor unidad cristiana.

La espiritualidad de la doctrina

Aunque algunas personas consideran la búsqueda de la exactitud doctrinal como un intelectualismo antiespiritual, la sana doctrina es realmente muy importante para una sana espiritualidad. La doctrina cristiana nos enseña acerca de Dios, sus propósitos y voluntad para nuestras vidas, cómo somos espiritualmente fuera de la gracia de Dios, cómo la gracia de Dios nos cambia interiormente y, en síntesis, todo lo que necesitamos saber para buscar la verdadera espiritualidad (Romanos 6:17-18; 1 Timoteo 1:5, 10; 2 Timoteo 3:16-17). La doctrina provee controles externos y objetivos para nuestras experiencias internas y subjetivas, de modo que podamos discernir la espiritualidad auténtica de la espiritualidad artificial, fraudulenta o incluso demoníaca (Colosenses 2:22-23; 1 Juan 4:1-3).

Al buscar una comprensión adecuada de la doctrina cristiana, estamos cumpliendo un aspecto del más grande mandamiento de Dios: Que amemos a Dios con toda nuestra *mente* (Mateo 22:37). Este mandamiento ciertamente implica que debemos tener gran cuidado y realizar todo esfuerzo por ajustar nuestras creencias y convicciones a la verdad (ver Romanos 12:2) – y esto significa doctrina.

También debiera decirse algo aquí acerca de la relación entre el discernimiento *doctrinal* y el discernimiento *espiritual*. En 1 Corintios, Pablo habla más de una vez acerca del discernimiento espiritual. La persona espiritual discierne todas las cosas, inclusive las cosas del Espíritu de Dios, que deben discernirse espiritualmente (1 Corintios 2:14-15). Los miembros de la congregación debían ejercer discernimiento con respecto a las profecías que se daban en la iglesia (1 Corintios 14:29). Y algunos cristianos están especialmente dotados para discernir los espíritus malvados del Espíritu Santo (1 Corintios 12:10). Sobre la base de éste y de otros pasajes, algunos cristianos han pensado que el discernimiento no tiene nada que ver con el uso del intelecto. En su opinión, uno discierne entre el bien y el mal como asimismo en asuntos prácticos simplemente escuchando la voz interior del Espíritu Santo.

De ninguna manera pretendo menospreciar la obra del Espíritu Santo de otorgarles discernimiento a los cristianos. Ciertamente, todos los cristianos deben depender del Espíritu Santo para que ilumine sus mentes de modo que vean claramente la diferencia entre el bien y el mal, y entre la verdad y el error. Y muchos cristianos que están poco equipados para estudiar la doctrina en profundidad son notablemente discernidores.

Sin embargo, sería un error poner el discernimiento espiritual en contra del discernimiento doctrinal. La primera razón es que la opinión de que el discernimiento es puramente espiritual es una doctrina en sí misma. Además, esta separación tajante entre la doctrina y la espiritualidad supone una dicotomía entre la mente y el espíritu humano. Ya que esta suposición es también una doctrina, todo el argumento es contradictorio. Hay

también razones bíblicas para rechazar una dicotomía de la mente y el espíritu (que no voy a elaborar aquí).

La segunda razón es que la Biblia alienta a los cristianos a emplear su conocimiento de la doctrina cristiana al discernir la verdad del error y el bien del mal. El ejemplo clásico de esto es 1 Juan 4:1-3, donde Juan nos manda no a creer a todo el que afirme estar hablando por el Espíritu de Dios, sino a aplicar una prueba doctrinal (la creencia en la plena humanidad de Jesucristo) a quienes declaren tal cosa. Similarmente, en 2 Juan 9 se nos dice que nos cuidemos y no seamos engañados por cualquiera que “no permanece en la doctrina de Cristo”. En 1 Corintios, Pablo no solamente habla del discernimiento *espiritual* sino que también presenta argumentos *doctrinales* en respuesta a la creencia herética de que “no hay resurrección de muertos” (1 Corintios 15:12-19).

En lugar de poner uno contra otro el discernimiento espiritual y doctrinal, debiéramos verlos como dos lados o aspectos de la misma actividad. La verdadera espiritualidad incluye la sumisión de la mente a las enseñanzas de la Biblia, y la sana doctrina incluye la creencia de que nuestro conocimiento de la verdad depende de la iluminación del Espíritu Santo. Así, en el óptimo discernimiento verdadero, el cristiano opera holísticamente – extrayendo un conocimiento de la doctrina bíblica dado por Dios, con sensibilidad al Espíritu Santo.

La comprensibilidad de la doctrina

Algunas personas evitan estudiar la doctrina cristiana porque están convencidas de que es demasiado compleja o difícil de entender. Si bien los niños pequeños, los retardados mentales y algunos otros pueden ser reconocidos como incapaces de entender asuntos doctrinales, la vasta mayoría de los adultos – jóvenes y viejos – son capaces de entender mucho más de lo que se han molestado en aprender. Cada individuo es responsable de adquirir conocimiento doctrinal en la medida que lo permitan sus facultades mentales, su nivel educativo y sus oportunidades.

La Escritura manda aprender doctrina a todos los cristianos. Generalmente, lo que impide a los cristianos avanzar en el conocimiento doctrinal son impedimentos espirituales superables – no impedimentos intelectuales insuperables (Hebreos 5:11-14). Cristo ha dado a la iglesia maestros que ayuden a los creyentes a aprender la doctrina (Efesios 4:11). Obviamente, tales maestros deben dominar la doctrina en un nivel muy superior al de la mayoría de los demás cristianos, pero lo hacen con el propósito de impartir tanta verdad como sea posible al resto de los miembros del cuerpo de Cristo.

Algunos aspectos de la doctrina cristiana son, admisiblemente, difíciles y complejos, e incluso los teólogos entrenados luchan con ellos. Pero esto no debe desalentarnos de estudiar la doctrina cristiana. Esto sería como si un niño de 9 años se excusara de aprender las tablas de multiplicar porque existen problemas de matemática que desconciertan incluso a los matemáticos profesionales.

La sana doctrina es suficientemente difícil como para requerir honestidad y disciplina, pero lo suficientemente simple como para – con las excepciones previamente mencionadas – todos cuantos buscan la gracia de Dios y se comprometen con la tarea puedan aprenderla (2 Pedro 3:16-18).

2

La doctrina y la salvación

Al discutir la relevancia de la doctrina, mencioné en el capítulo previo que la salvación de una persona puede depender en cierta medida de la creencia doctrinal. Ya que este punto es discutido tan a menudo en nuestro tiempo, merece una mayor atención.

Casi cualquiera que reconoce a Jesucristo de alguna forma estará de acuerdo que quienes rechazan completa y explícitamente a Jesucristo están perdidos. Sin embargo, mucha gente encuentra difícil creer que algunos puedan sinceramente considerar que son seguidores de Cristo y aun así, perderse debido a una creencia herética. Jesús mismo prometió: “buscad, y hallaréis” (Mateo 7:7). ¿No debieran hallar a Jesús quienes lo buscan? ¿Y no desean verdaderamente hallar a Cristo muchos miembros sinceros de grupos que los evangélicos tachan de heréticos? Ellos pueden leer la Biblia con más esmero que muchos miembros de iglesias evangélicas; pueden expresar un ardiente deseo de conocer a Dios y obedecerle; pueden celosamente proclamar el mensaje de Cristo tal como se les ha enseñado. ¿No están, por lo tanto, buscando a Cristo y no han entonces, conforme a su promesa, de encontrarlo? Y si esto es así, ¿cómo puede la salvación depender de creencias doctrinales?

Estas preguntas pueden contestarse manteniendo en mente los siguientes principios bíblicos.

(1) *No todo el que reconoce a Jesús como Señor será salvado.* Esto se deduce directamente de las propias palabras de Jesús en Mateo 7:21. Reconocer simplemente que Jesús es Señor no garantiza la salvación de una persona. El reconocimiento puede ser mera palabrería, como se demuestra por rehusarse a obedecerlo como Señor (Lucas 6:46). O alguien puede llamar “Señor” a Jesús y no expresar la misma cosa que la Biblia significa con ello. Esto me lleva a un segundo principio.

(2) *Muchos que afirman reconocer a Jesús en realidad creen en “otro Jesús” y están engañando o siendo engañados.* Esto se deduce directamente de 2 Corintios 11:4. Muchos que hablan de la fe en “Jesús” tienen una comprensión de quién y qué es Jesús que difiere tanto de la realidad que en verdad ellos no tienen fe en absoluto en el Jesús real. Si una persona pensara que *Buda* fuera otro nombre de Moisés, no la consideraríamos normalmente un budista, sin importar cuán piadosa y moralmente él viviera según su creencia en “Buda”. Similarmente, alguien que negase la perspectiva bíblica de Cristo no debiera ser identificado como cristiano, sin importar cuán religiosamente siguiera su creencia.

Algunas personas que creen en “otro Jesús” son indudablemente falsas, y Pablo nos advierte contra los “obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo” (2 Corintios 11:13). Me gusta pensar lo mejor de la gente, incluso de gente con quien tengo serias discrepancias. Pero he llegado a relacionarme con unas pocas personas acerca de quienes he debido concluir, renuientemente, que son simplemente mentirosas. Estas personas conocen a nivel consciente que el mensaje que proclaman es falso.

Por otra parte, algunas personas, incluso miembros de iglesias cristianas, pueden ser “desviadas” (2 Corintios 11:3b) por tales engañadores. De este modo, es posible que gente sincera, incluso gente que era parte de la comunidad de cristianos genuinos, sea engañada para seguir a “otro Jesús”. Esto no significa que tales personas sean perfectamente inocentes; más bien, son como Eva quien, aunque engañada por la serpiente (2 Corintios 11:3a), fue culpable de pecado y tenida como responsable por Dios (Génesis 3:1-6, 13-16).

(3) *Quienes son celosos en asuntos religiosos no son necesariamente salvos.* En Romanos 10:2, Pablo dice de sus hermanos judíos que rechazaron a Jesús: “tienen celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento”. El celo, por supuesto, implica sinceridad – esto es, el estado mental de creer que lo que uno está promoviendo se basa en la verdad. Los judíos que rechazaron a Jesús eran en su mayor parte celosos, y por lo tanto, sinceros en este sentido – pero ellos aun así estaban perdidos (Romanos 9:1-3, 10:1). Su celo era, en particular, por una posición correcta ante Dios; pero la buscaban sobre la base de sus propias obras, como si la salvación fuera por obras, en lugar de recibir la justicia que estaba disponible en Cristo por medio de la fe (Romanos 9:30-10:4).

Mateo 23:15 se refiere a otra clase de celo – el celo por buscar convertidos. Los fariseos eran extremadamente celosos en la obra misionera, pero todo lo que lograron fue llevar a más gente hacia su error. El celo en testificar o evangelizar no indica que un grupo religioso sea el Pueblo de Dios.

(4) *Ningún ser humano verdaderamente busca a Dios a menos que el Espíritu de Dios lo atraiga; por lo tanto, quienes parecen buscar a Dios pero no vienen por el camino de Dios no están buscando a Dios en absoluto.* En Romanos 3:11, Pablo cita Salmos 14:2 al efecto de que “no hay quien busque a Dios”. El pecado ha pervertido tanto los deseos de todos los seres humanos que ninguno de nosotros, por nuestros propios deseos naturales, está buscando a Dios. Esto se debe a que “la mente puesta en la carne es enemiga de Dios” (Romanos 8:7). Desde luego, algunas personas buscan a Dios, pues de otro modo Dios no nos invitaría a buscarle (Isaías 55:6, etc.). Pero cuando la gente busca a Dios, es solamente porque Dios la ha “buscado” primero y la ha atraído hacia él por su gracia (Lucas 19:10; Juan 6:44; 15:16).

Cuando la gente, entonces, parece estar “buscando a Dios” – cuando estudia la Biblia (2 Pedro 3:16), asiste a reuniones, ora, cambia su estilo de vida, intenta obedecer los mandamientos e incluso habla de su amor por Dios y por Cristo – pero aun así persiste en adorar un dios falso u honrar un falso Cristo, o seguir un falso evangelio (2 Corintios 11:4; Gálatas 1:7-9), debemos concluir que no está realmente buscando a *Dios*. En lugar de esto, puede haber estado buscando poder espiritual, o seguridad, o paz mental, o relaciones afectuosas, o conocimiento, o emoción, o cualquier otra cosa antes que simplemente a Dios. Y al decir esto, no estoy afirmando que por otra parte todos los cristianos genuinos han buscado a Dios pura y simplemente. No, nuestro testimonio como cristianos debe ser que nosotros también estábamos siguiendo nuestro propio camino extraviado cuando Dios nos buscó, nos detuvo y nos llevó hacia un camino nuevo y estrecho que lleva a la salvación en Jesucristo (Mateo 7:13).

(5) *Todo aquel que verdaderamente desea por encima de todo conocer la verdad acerca de Dios y su camino de salvación puede ser salvo y lo será.* Esta es la otra cara de la moneda del punto anterior. Jesús prometió que “al que viene a mí, de ningún modo lo echaré fuera” (Juan 6:37). No obstante, debemos venir al *verdadero* Jesús en *sus* términos. Judas fue al verdadero Jesús, al menos externamente (Judas no supo quién era realmente Jesús), pero no lo hizo en los términos de Jesús y consecuentemente se perdió (Juan 17:12). El costo de abandonar la herejía es usualmente alto – la pérdida de amigos, la vergüenza de reconocer el error, la amenaza de los maestros heréticos de que todos cuantos abandonen sus enseñanzas se perderán. Pero la salvación está disponible para todo aquel que, por la gracia de Dios, pone la verdad (y a Aquel que es verdad) por encima de estas cosas.

3

Juzgar a otros, ¿siempre está mal?

Como hemos visto, la doctrina es un aspecto necesario de la vida cristiana, y necesitamos discernir entre la verdad y el error en la doctrina. No obstante, podría sugerirse que, si bien necesitamos discernir estos temas *para nosotros mismos*, no tenemos derecho a presumir el discernimiento de tales temas para *otros*. ¿Quiénes somos para decirles a otros qué creer? ¿No debíamos simplemente decir: “Personalmente no creo eso, pero por supuesto usted puede creer lo que desee”?

Las respuestas a estas preguntas no son tan obvias como a veces se piensa. Hay sentidos en los cuales no debemos juzgar a los otros, pero también hay sentidos en los cuales debemos ejercer el juicio con respecto a otros. Distinguir entre ambos es crucial para el discernimiento doctrinal.

Cuando juzgar está mal

¿Cuándo está mal juzgar a otros? O, puesto de otra manera, ¿qué clases de juicios acerca de otros están mal?

(1) Juicios hipócritas. Nadie aprecia que la gente critique duramente o condene a otros por hacer cosas que ella también es culpable de cometer. Lo que hace inaceptable esta clase de crítica no es meramente que la persona que hace la acusación sea también culpable. Más bien, lo que torna ofensivo es que el hipócrita afirma o simula estar carente de culpa. El hipócrita simula ser justo cuando en realidad no lo es. Por otra parte, cuando alguien dice “Tú y yo somos ambos culpables de esto y necesitamos mejorar”, eso no es hipócrita.

Para decirlo de otro modo, los juicios hipócritas no son malos porque sean *falsos*; en realidad, pueden ser falsos o no serlo. Son malos porque se profieren hipócritamente. Los hipócritas que juzgan a otros deberán enfrentar ellos mismos un juicio, y deben tratar primero con sus propios pecados (Mateo 7:1-5). Pero eso no demuestra que lo que dicen no sea correcto.

De hecho, Jesús observó que los hipócritas fariseos estaban habitualmente acertados en lo que decían; su problema era que no seguían sus propios buenos consejos (Mateo 23:1-3). Aquí hay una importante lección para nosotros. Si somos los destinatarios de un juicio que percibimos como expresado por hipócritas, no debíamos por esa razón desestimarlos.

En lugar de esto, debiéramos considerar si, después de todo, ellos pueden tener razón acerca de nosotros. Dios a veces emplea personas para comunicar la verdad a otros, aunque los propios motivos de ellas sean malos (Filipenses 1:15-18).

A veces la gente trata de descartar todos los juicios hechos por otros seres humanos con la premisa de que ninguno de nosotros es perfecto. Esto es cierto, por supuesto; pero no nos impide que a veces tengamos razón en lo que decimos. Las advertencias de la Biblia contra la hipocresía no pretenden detenernos de expresar desacuerdos con otros, sino llamar la atención hacia la importancia primaria de confrontar nuestro propio pecado.

Es interesante que quienes rechazan *todos* los juicios hechos por otras personas caen inevitablemente en juzgar ellos mismos a los otros. Es decir, si digo: “Está mal que juzgues a otros”, yo mismo te acabo de juzgar. Para evitar este dilema, puedo suavizar mi posición con algo como: “Personalmente, nunca juzgaría a los demás”, o “desearía que no juzgaras a los demás”. Pero si hago esto, ya no tengo realmente ninguna base para quejarme si otros expresan un juicio. El hecho es que todos nosotros consideramos erróneas algunas cosas que otros hacen o creen, y casi todos expresamos estas críticas verbalmente.

(2) Juicios injustos. Jesús dijo: “No juzguéis por la apariencia, sino juzgad con juicio justo” (Juan 7:24). Una vez más, es evidente aquí que Jesús no está prohibiendo todo juicio acerca de los demás. El asunto no es *si* juzgamos, sino *cómo* juzgamos.

¿Qué clase de juicio está prohibiendo aquí Jesús? Se trata de la práctica de juzgar “por la apariencia”. Jesús no quiere decir aquí que hemos de juzgar usando alguna intuición mística e ignorando la evidencia externa. Tampoco significa que hemos de realizar nuestros juicios tratando de discernir lo que hay en el corazón de una persona. El contraste no es entre hechos externos e intuiciones internas, sino entre la mera apariencia y la verdadera realidad. En síntesis, Jesús está advirtiendo contra un juicio *superficial*. Los juicios superficiales son aquellos que ven solamente la superficie de las cosas y no penetran en la realidad. Tales juicios, por supuesto, tienden a ser injustos.

Mientras que los juicios hipócritas pueden ser verdaderos o no serlo, los juicios injustos son siempre y necesariamente falsos. Se basan en una mala interpretación de las apariencias y por tanto no juzgan las cosas como realmente son.

¿Cómo evitamos interpretar mal las apariencias? Esta pregunta nos sobrepasa en cierta medida. Pero es importante darse cuenta de que puede hacerse. Todos podemos pensar ejemplos en los cuales alguien malinterpretó lo que dijimos, solo para darse cuenta más tarde de su error (¡digamos, después que se lo hicimos notar!). Ya que esta clase de corrección ocurre a menudo, es posible para nosotros ejercer un juicio justo.

(3) Juicios presuntuosos. Hay algunos temas que los seres humanos simplemente son incompetentes para juzgar. No somos competentes para dictaminar si cierto individuo será salvo. El juicio en este sentido es atribución exclusiva de Jesucristo, el Hijo de Dios (Juan 5:22-23; Hechos 17:31). Asumir el derecho de juzgar en esta área es presuntuoso. El poder de salvación y destrucción no nos pertenece; por lo tanto, no podemos establecernos como eternos legisladores y jueces de otros (Santiago 4:11-12; 5:9). Esto no significa que no podamos advertir a la gente de lo que dice la Biblia concerniente a la relación entre la creencia y la salvación (como tratamos en el capítulo 2), sino que debemos humildemente reconocer que la decisión final no nos pertenece.

Otra clase de juicio presuntuoso es el que se comete cuando se toman asuntos no esenciales y se los convierte en los únicos criterios para la comunión cristiana. Pablo advierte explícitamente contra esta práctica con referencia a asuntos de observancias y restricciones

dietéticas (Romanos 14:1-23). Sería presuntuoso de mi parte suponer que todos los cristianos deben concordar conmigo en todo.

Como antes, está claro que no todos los juicios son presuntuosos. Por lo tanto, el abuso muy real de la presunción no debe convertirse en una excusa para rechazar todos los juicios.

Cuando juzgar está bien

Lo que se ha dicho ya proporciona alguna indicación de la clase de juicios que son buenos y apropiados. Los juicios que evitan la hipocresía, la superficialidad y la presunción serán juicios sanos y válidos.

(1) Juzgar la verdad del error y lo bueno de lo malo. El Nuevo Testamento es enfáticamente claro en que hemos de juzgar entre la verdad y el error y entre lo bueno y lo malo. Hemos de hacer esto no meramente como individuos, sino también colectivamente, como iglesia (Romanos 12:2, 9; 1 Corintios 12:10; 14:29; 1 Tesalonicenses 5:19-22). Estos pasajes se centran especialmente en la necesidad de discernir entre revelaciones verdaderas y revelaciones falsas.

Quienes afirman ser profetas, quienes afirman hablar bajo la inspiración del Espíritu, deben someter sus enseñanzas a la prueba de la enseñanza de los apóstoles y profetas de la Escritura (Hechos 17:11; 2 Pedro 2:1; 1 Juan 4:1-2; Judas 17).

(2) Juzgar en la iglesia a los pecadores no arrepentidos. Tanto Jesús como Pablo enseñaron que aquellos que cometen pecados serios, que violan la integridad de la iglesia, y se rehúsan a arrepentirse, deben ser excluidos de la comunión cristiana (Mateo 18:15-18; 1 Corintios 5:9-13). Esto no se trata de juzgar su futuro eterno. No se trata de enviarlos al castigo eterno. En lugar de esto, se trata de disciplinar al que no se arrepiente y de mantener la integridad de la iglesia. En otras palabras, es bueno tanto para el pecador como para la iglesia.

De nuevo, nótese que esta es la responsabilidad de la iglesia en su conjunto, no de individuos aislados. Jesús indica que el juicio debe realizarse mediante el debido proceso. Tal debido proceso salvaguarda contra los juicios superficiales.

(3) Juzgar a maestros de falsas versiones del cristianismo. No solamente estamos obligados a rechazar para nosotros mismos falsas revelaciones proféticas y falsas doctrinas, sino que estamos obligados a excluir de la comunión cristiana a aquellos que las traen. Nuevamente, la Biblia es explícita al respecto (Romanos 16:17; Gálatas 1:6-9; 2 Timoteo 3:16-4:4; Tito 3:10-11). Los falsos maestros han de ser identificados, por nombre si es necesario (2 Timoteo 2:17) y la iglesia debe ser advertida para que no apoye su enseñanza.

De nuevo, hay que admitir nuestra falibilidad al emitir estos juicios, pero esto no nos libera de nuestra responsabilidad. Si yo viera a algunas personas a punto de beber ácido creyendo que se trata de agua, les advertiría. No dejaría que el hecho de que yo pudiera posiblemente estar equivocado me impidiese expresar la advertencia. Si ellos cuestionaran mi afirmación, yo no desistiría, sino que insistiría en que examinasen conmigo el líquido para asegurarse. Tampoco dejaría que el hecho de que no soy un químico me impidiera dar la advertencia. Incluso quienes no son químicos pueden distinguir entre el agua y el ácido, si se toman el tiempo de aprender algunos hechos básicos sobre ambos.

Del mismo modo, es completamente apropiado advertir a otros que la religión que están “consumiendo” es mala para su salud espiritual. Antes de hacer esto, desde luego,

debemos aprender a conocer la diferencia entre el verdadero cristianismo y las versiones falsas de la fe cristiana.

Más aún, es muy apropiado que algunos cristianos dediquen su atención a hacer tales juicios y transmitan sus hallazgos al resto de la iglesia. Del mismo modo que necesitamos defensores del consumidor para advertir sobre productos defectuosos o sobrevaluados en el mercado, necesitamos gente que pueda advertirnos contra las afirmaciones falsas o exageradas hechas por varias doctrinas que hoy circulan. Si estos especialistas hacen bien su trabajo, nos enseñan a asumir nosotros mismos la responsabilidad de evitar lo malo y optimizar lo bueno. En la doctrina, si bien algunos de nosotros pueden tener mayor don de discernimiento que otros, todos somos llamados a ejercer el discernimiento.

4

Objeciones contra el discernimiento doctrinal

La práctica del discernimiento doctrinal se desalienta fuertemente hoy en algunos círculos que se profesan cristianos. Hay personas que critican a cualquiera que aplique pruebas doctrinales sobre lo que otros creen. La razón, en la mayoría de los casos, es simple: su doctrina no puede resistir el escrutinio de la comparación con la doctrina de la Biblia.

Sería de esperar que los grupos religiosos que creen en una doctrina totalmente herética y afirman ser los únicos cristianos verdaderos desalentaran que la gente desarrollara la capacidad de discernir la buena doctrina de la mala. Lo que es preocupante es hallar que mucha gente en ciertos círculos dentro de la comunidad de cristianos evangélicos ortodoxos también denuncie el ejercicio del discernimiento. En este capítulo consideraremos algunos de los argumentos más comunes usados para evadir la crítica doctrinal.

“No dividan al cuerpo de Cristo”

Siempre que las enseñanzas de un maestro o líder que se profesa cristiano son cuestionadas o criticadas, usted puede estar seguro de que alguien se quejará de que tal crítica divide el cuerpo de Cristo. El crítico es invariablemente acusado de “sembrar discordia entre los hermanos” (una frase basada en Proverbios 6:19), de ser contencioso o divisivo, de crear disensión. Y a veces, tienen razón.

El hecho es que, en algunos casos, quienes están criticando las enseñanzas de otros simplemente *son* contenciosos. A veces la gente causa estragos y caos al exagerar unas diferencias doctrinales desproporcionadamente. La disensión es un pecado, uno contra el cual todos los que estamos involucrados en el discernimiento doctrinal debemos guardarnos diligentemente.

Habiendo dicho eso, no toda división está mal. Ya he explicado en el capítulo 1 que los cristianos deben separarse religiosamente de los no cristianos. Este es el primer punto. Si dentro de la iglesia surge un grupo de personas que comienzan a enseñar falsa doctrina, tan contraria a las creencias cristianas que quienes la siguen difícilmente puedan ser considerados cristianos practicantes, la iglesia tiene la *responsabilidad* (no meramente el *derecho*) de separarse de ese grupo.

De hecho, incluso en casos en los cuales quienes creen en la falsa doctrina puedan ser cristianos, si el error es suficientemente grave, la iglesia debe adoptar una defensa de la verdad doctrinal que excluya el error y a aquellos que insisten en enseñarlo.

En Romanos 16:17 Pablo escribe: “Y os ruego, hermanos, que vigiléis a los que causan disensiones y tropiezos *contra las enseñanzas que vosotros aprendisteis*, y que os apartéis de ellos”. ¿Quién es, según Pablo, el que causa disensiones? ¿Son aquellos que enseñan falsas doctrinas, o quienes señalan a aquellos que enseñan falsas doctrinas? Obviamente, son quienes enseñan la falsa doctrina. Quienes dan la alarma acerca de falsos maestros en la iglesia *no* causan la división.

Veámoslo de otra manera. Suponga que en una iglesia particular hay dos grupos de personas. El primer grupo se adhiere a las mismas doctrinas que la iglesia ha enseñado siempre, por décadas, desde que fue fundada. El segundo grupo sigue doctrinas diferentes que fueron introducidas por un maestro nuevo. Estos dos conjuntos de doctrinas son radicalmente diferentes – tanto que podemos estar justificados en decir que engloban dos ideas diferentes e incompatibles de lo que significa ser cristiano. En este caso, ¿qué tenemos? Ya tenemos una división en la iglesia. Es inevitable. Ambos grupos no pueden trabajar juntos armoniosamente. Si sus creencias doctrinales son suficientemente diferentes, tendrán dos nociones incompatibles de lo que implica la oración, de modo que no pueden siquiera orar juntos. Por ejemplo, si un grupo piensa que es legítimo orar a Jesucristo y el otro grupo no, no pueden orar juntos a Jesucristo.

Ahora, en tal situación, no hay daño en señalar y admitir lo que ya es un hecho. Admitir que la división existe no es causar la división. Tampoco hay nada de malo en que un grupo insista que su doctrina es verdad y la del otro grupo es falsa. Después de todo, no pueden ambos tener razón.

Necesitamos asegurarnos de que no nos dividamos por trivialidades. Por otra parte, la unidad a cualquier precio no funcionará. La “unidad de la fe” debe ser mantenida según un conocimiento adecuado de la doctrina cristiana (Efesios 4:13-16). Con demasiada frecuencia, aquellos maestros que lamentan la división del cuerpo de Cristo ya lo han dividido ellos mismos por enseñar falsa doctrina.

“No toquen al ungido de Dios”

Cuando los cristianos expresan preocupaciones acerca de las doctrinas enseñadas por predicadores que profesan el cristianismo, a menudo usted puede escuchar la protesta “No toquen al ungido de Dios”. Dos veces leemos en la Biblia sobre Dios diciendo “No toquéis a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas” (1 Crónicas 16:22; Salmos 105:15). Tal como esta prohibición es usada hoy por algunos maestros, significa que nadie excepto Dios tiene el derecho de juzgar o siquiera criticar públicamente las enseñanzas de ciertos maestros especiales, quienes son considerados como los “ungidos” de Dios.

¿Qué responderemos a esta afirmación? Bien, el lugar donde empezar son los pasajes mismos. En el contexto, los individuos “ungidos” son casi seguramente los patriarcas – Abraham, Isaac y Jacob (1 Crónicas 16:15-21; Salmos 105:6-14). No está claro por qué son llamados los “ungidos” de Dios. Parece que el término “ungidos” es casi sinónimo con los “profetas” de la segunda línea. Aunque este uso es raro en la Biblia, se pueden encontrar algunos casos (1 Reyes 19:16b; Isaías 61:1). También cuadra con el contexto, ya que el énfasis del pasaje está en el papel singular que tuvieron los patriarcas como quienes a través de los cuales la palabra de Dios, el pacto, llegó a formar el pueblo de Israel.

Por otra parte, es evidente que los patriarcas fueron *más* que profetas. Eran hombres a quienes se les prometió que entre sus descendientes habría reyes que gobernarían sobre la tierra de Canaán (Salmos 105:11; Génesis 17:6, 16; 35:11). Esto es consistente con el hecho de que cuando el Antiguo Testamento habla de los “ungidos” de Dios casi siempre se refiere a reyes (por ejemplo, 1 Samuel 2:10, 35; 2 Samuel 1:14, 16; Salmos 2:2; 89:38, 51; Daniel 9:25-26; cf. 1 Samuel 16:12, 15; 1 Crónicas 11:3; 14:8; 29:22; Isaías 45:1).

En todo caso, los “ungidos” que Dios dijo que no se debía “tocar” no eran solo maestros, predicadores, evangelistas o líderes religiosos. Eran figuras únicas en la historia de Israel investidas con autoridad y significación profética y regia.

Ahora, por cierto algunos maestros actuales también afirman ser profetas, voceros especiales a través de los cuales Dios habla hoy. Pero algunos citan “no toquéis a mis ungidos” y lo aplican livianamente a cualquiera que sienten que es un maestro o ministro con dones espirituales. Tal aplicación es claramente contraria al significado del texto.

Otro punto que debe aclararse aquí es que lo que Dios prohibió fue que los reyes paganos matasen o dañaran de otra forma a sus “ungidos”. Dios no prohibió que la gente criticara a sus ungidos. Por ejemplo, en Génesis 20:7, Dios le advirtió a Abimelec, el rey de Gerar, que devolviera Sara a Abraham, “porque él es profeta”. Pero esto no impidió que Abimelec le reprochara a Abraham su engaño (vv. 9-10). Una cosa es hacer violencia contra los ungidos de Dios; otra cosa es criticarlos cuando se equivocan. Incluso los verdaderos profetas pueden estar equivocados cuando no están hablando proféticamente (por ejemplo, 2 Samuel 7:3; cf. vv. 4-17).

Si bien es cierto que no debemos rechazar a los profetas de Dios, aun así tenemos la responsabilidad de determinar quiénes son realmente profetas de Dios. No todo el que hoy dice ser un profeta de Dios puede serlo realmente, ya que se contradicen unos a otros. Si alguien dice ser profeta de Dios pero enseña falsa doctrina o proclama falsas profecías, tenemos todo el derecho de rechazarlo – de hecho, debemos rechazarlo (Deuteronomio 13:1-5; 18:20-22).

En el Nuevo Testamento, *el* Ungido de Dios es Jesucristo, quien es profeta, sacerdote y rey *por excelencia*. Todos quienes están unidos con Cristo por su Espíritu son en un sentido “ungidos” (2 Corintios 1:21). Como tales, no necesitamos maestros “ungidos” con revelaciones secretas de conocimiento que reclamen autoridad especial y nos digan que confiemos en ellos (1 Juan 2:20, 27).

La conclusión es esta: El Nuevo Testamento nos dice explícitamente que censuremos a los falsos maestros en la iglesia (Romanos 16:17; 1 Timoteo 1:3; Tito 1:11; 3:10-11). Por lo tanto, nadie tiene el derecho de esconderse detrás de la afirmación de ser un “ungido de Dios”. Si alguien está enseñando falsa doctrina, es una prueba concluyente de que no es en ningún sentido un ungido de Dios.

“Examinen los frutos”

Si alguien es un verdadero o un falso maestro debe determinarse sobre la base de la enseñanza de esa persona. Tan obvio como esto pueda parecer, algunos discrepan. Algunos que se profesan cristianos hoy argumentan que los maestros y ministros debieran ser evaluados sobre la base del “fruto” de su ministerio, no sobre la base de la comparación de su doctrina con la doctrina de la Biblia.

Ante todo – y éste es ya un punto familiar – la afirmación de que la doctrina debiera evaluarse solamente por su fruto es, ella misma, una doctrina. Debemos primero decidir si

esta doctrina es verdadera, para poder tener alguna confianza para aplicarla a otras doctrinas y a quienes las enseñan.

La base bíblica de esta enseñanza es bien conocida. Jesús mismo dijo que conoceríamos a los falsos profetas “por sus frutos (...) Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos (...) Así que, por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:15-20). Como ocurre con las dos previas objeciones al discernimiento doctrinal, esta tiene bíblicamente mucho a su favor. Obviamente, si Jesús mismo dijo que podemos reconocer a los falsos profetas por sus frutos, esta tiene que ser una prueba válida.

El problema es que algunas personas están usando este pasaje como una excusa para evitar el escrutinio de su doctrina. Existen, después de todo, otros pasajes en la Biblia que instruyen a los cristianos a aplicar pruebas *doctrinales* a maestros que profesan el cristianismo (por ejemplo, 1 Juan 4:1-2). De modo que Jesús no puede querer decir que la doctrina misma nunca puede ser la base para poner a prueba la afirmación de alguien de ser un profeta. Más bien, hay que entenderlo como significando que examinar los frutos del ministerio de alguien es *una* buena manera de poner a prueba su validez.

Uno de los malos frutos de la falsa doctrina es que divide a los cristianos. De nuevo, esto no es culpa de quienes critican la falsa doctrina – es culpa de quienes la enseñan. ¡Es ciertamente un extraño razonamiento culpar de la división a quienes objetan la introducción de falsa doctrina!

Algunas de las afirmaciones de “buen fruto” hechas por grupos que siguen una mala doctrina deben ser en sí mismas sometidas al discernimiento. Por ejemplo, la mayoría, si no todos, de los grupos religiosos afirman que sus seguidores experimentan más amor, felicidad y realización personal. Aquí, la dificultad es que estas afirmaciones son mayormente subjetivas. No hay duda de que, para mucha gente infeliz, cualquier clase de comunidad estructurada de personas comprometidas con una causa común proporcionaría tal experiencia. Por favor, entienda que *no* estoy negando que el verdadero cristianismo ofrezca algo único al respecto. Mi punto es que el amor, la felicidad y la realización personal pueden ser experimentados por no cristianos en un nivel natural, humano y que esta experiencia no debe confundirse con los beneficios eternos de conocer al verdadero Jesucristo.

Del mismo modo, algunos grupos que creen en una falsa doctrina afirman que sus creencias deben de ser ciertas porque han experimentado milagros en ellos – especialmente sanidades. Desafortunadamente, la Biblia es muy explícita al advertirnos que los falsos líderes religiosos serán en algunos casos capaces de producir falsas señales y maravillas (Mateo 24:24; 2 Tesalonicenses 2:9). El Antiguo Testamento advirtió que Dios permitiría a veces que un falso profeta realizara una señal o maravilla para ver si la gente estaba más interesada en milagros impresionantes que en el verdadero Dios (Deuteronomio 13:1-5). Por lo tanto, no podemos suponer que los milagros son prueba de que la enseñanza de alguien proviene de Dios.

Al decir que los falsos maestros pueden producir algunos aparentes milagros, no estoy afirmando que todos los informes de milagros relacionados con una falsa doctrina deben de ser del diablo. No siempre podemos ser capaces de decir si son acontecimientos genuinamente sobrenaturales – en cuyo caso deben adjudicarse a poderes demoníacos – o no lo son. Los falsos milagros pueden ser trucos ejecutados por charlatanes, o pueden ser verdaderas sanidades producidas por causas psicosomáticas. Luego está la posibilidad de que Dios pueda sanar a alguien que ha escuchado una falsa doctrina, pero sin entender su significado, y cuya fe estaba en el verdadero Dios y su poder. No es tremendamente importante que siempre seamos capaces de realizar tales juicios. Lo que es importante es que

no cometamos el error de pensar que la ocurrencia de aparentes milagros indique un respaldo divino en todo lo enseñado por el líder religioso involucrado.

“No dé nombres”

En algunos círculos, los líderes cristianos están dispuestos a permitir la crítica de ciertas doctrinas siempre que los que enseñan esas doctrinas no sean identificados. La idea aquí es que el desacuerdo con una doctrina no es divisivo, pero nombrar un individuo e identificarlo como un falso maestro sí lo es.

Este argumento supone que es incorrecto “dividir” a la iglesia por asuntos doctrinales. Si una enseñanza es lo bastante mala como para ser rechazada por la iglesia, entonces es suficientemente mala como para que quienes insisten en enseñarla sean identificados y puestos en evidencia.

El ejemplo del apóstol Pablo es instructivo. En alguno casos escogió no mencionar los nombres de los falsos maestros (por ejemplo, 1 Timoteo 1:3). En otros casos, sin embargo, da sus nombres. Por ejemplo, en una carta mencionó a Himeneo y Alejandro (1 Timoteo 1:20) y en otra carta mencionó de nuevo a Himeneo junto con Fileto (2 Timoteo 2:17). Al parecer, nombrar a los falsos maestros no tiene nada de malo.

Una razón por la cual dar los nombres puede ser importante es que, si se habla de las falsas doctrinas de manera general, la gente a menudo negará que sus maestros sean responsables por esas doctrinas. En muchos casos, la gente no creerá que sus maestros favoritos estén abrazando una falsa doctrina, a menos que se les presente citas exactas de sus escritos o sermones que documenten los errores.

Si alguien es un falso maestro que no se arrepiente, tenemos que hacer algo más que solo rechazar las falsas doctrinas específicas de una persona. No debemos tener nada que ver con esa persona. “Al hombre que cause divisiones, después de la primera y segunda amonestación, deséchalo, sabiendo que el tal es perverso y peca, habiéndose condenado a sí mismo” (Tito 3:10-11). Estas son palabras fuertes, incluso severas, pero también son palabras inspiradas por Dios. La persona que crea divisiones por enseñar una doctrina diferente y falsa, ha de ser rechazada. Para que ese rechazo sea consistente en toda la iglesia, es necesario que el falso maestro sea públicamente mencionado.

“No todos son teólogos”

Algunas personas, frente a las críticas a ciertos maestros en la iglesia, rechazan tales críticas diciendo que los maestros en cuestión no afirman ser teólogos. Ellas sugieren que los críticos están imponiendo a los maestros una norma que es injusta. Después de todo, se nos puede decir, esos individuos no tienen la enseñanza de la teología o la doctrina como su vocación primaria, sino algún otro ministerio. Quizás son evangelistas o pastores; quizás son conocidos por motivar a la gente, o por su éxito en llevar a la gente a Cristo, o por informes sobre sanaciones que tienen lugar a través de su ministerio. Pueden ser personalidades sencillas y dinámicas que no tuvieron el beneficio de una educación teológica formal pero que han sentido un llamado especial al ministerio. Los ministerios de estos maestros, se concluye, no deben ser juzgados sobre la base de consideraciones teológicas.

Hay mucho de cierto en estas observaciones. No toda persona es un teólogo entrenado o es capaz de realizar todas las distinciones que los teólogos consideran importantes. Sería injusto exigirle a toda persona involucrada en un ministerio que expusiera en detalle varios

puntos menores de la doctrina o que discutiera puntos sutiles de la gramática griega del Nuevo Testamento.

El problema es que ciertas personas *están* enseñando asuntos doctrinales o teológicos que están fuera de su competencia. Si una persona tiene el llamado de Dios para evangelizar pero no para enseñar doctrina, no debería enseñar doctrina (aunque se necesita cierto conocimiento mínimo de la verdadera doctrina para evangelizar a la gente en forma efectiva). Si una persona enseña asuntos teológicos y enseña falsa doctrina, debe ser considerada responsable por esto. No solamente hay diferentes clases de ministerios; también hay diferentes clases de maestros. Algunas personas tienen el don de enseñar cómo desarrollar matrimonios y familias cristianas saludables. Otras tienen el don de enseñar cómo llevar a otros a la fe en Cristo. Otros tienen el don de enseñar la doctrina cristiana. Algunas personas pueden tener dones en más de una de estas áreas, pero tales maestros son poco comunes. No tiene nada de malo que enseñe sobre el matrimonio y la familia alguien que no está formalmente entrenado en teología. El problema surge cuando esa persona intenta también enseñar teología y defiende una doctrina falsa.

Santiago 3:1 dice: “Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos un juicio más severo”. Una cosa es expresar opiniones equivocadas sobre asuntos teológicos en un ámbito privado. Otra cosa es presentarse ante el cuerpo de Cristo como maestro y expresar entonces la misma clase de opiniones erróneas. Cuando las personas escriben libros, distribuyen grabaciones de sus sermones o conferencias, difunden boletines o publican páginas electrónicas en las cuales ofrecen enseñanza en asuntos doctrinales, tienen que esperar ser tenidas por responsables si enseñan falsa doctrina.

En algunos casos, un maestro que, en general, es doctrinalmente sano expresará una opinión o una doctrina falsa por absoluta ignorancia, y una vez confrontado con la verdad con gusto se retractará del error. Tal persona no debe ser criticada o tachada de hereje o falso maestro. Por otra parte, la ignorancia no puede excusar la enseñanza persistente de una falsa doctrina. Una persona que es confrontada sobre la enseñanza de un error doctrinal y se rehúsa a retractarse no puede legítimamente ocultarse detrás de la aclaración de que no es un teólogo. Tampoco puede alguien cuya enseñanza doctrinal es endeble en general ocultarse detrás de tal excusa.

Pedro advierte que algunas personas que son “ignorantes e inestables tuercen” las Escrituras “para su propia perdición” (2 Pedro 3:16). El hecho de que sean ignorantes o “no educadas” no es excusa. Similarmente, Pablo advierte que existen quienes desean “ser maestros de la ley, aunque no entienden lo que dicen ni las cosas acerca de las cuales hacen declaraciones categóricas” (1 Timoteo 1:7). La instrucción de Pablo a Timoteo es que éste debía decirle a tales personas “que no enseñaran doctrinas extrañas” (1 Timoteo 1:3). Más adelante, en la misma carta, Pablo afirma: “Si alguno enseña una doctrina diferente y no se conforma a las sanas palabras, las de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido y *nada entiende*” (1 Timoteo 6:3-4a). La ignorancia no es excusa para continuar defendiendo la falsa doctrina.

Piense en dos tipos de ignorancia. Está la ignorancia inocente de quienes aún están aprendiendo, que se dan cuenta que tienen mucho para aprender y que no hablan confiadamente ni tratan de instruir a otros en asuntos que ellos todavía ignoran. Tal ignorancia poder ser corregida e, incluso si persiste, no hará daño ni merecerá ninguna acusación. Por otra parte, está la ignorancia culpable de aquellos que se rehúsan a molestarse en aprender la verdad, quienes piensan que ya saben todo lo importante del asunto y hablan confiadamente o enseñan a otros en temas que ignoran y resultan estar muy equivocados.

Hay otra forma de ver esta objeción. Excusar la falsa enseñanza de una persona apelando a los buenos resultados de su ministerio en otros aspectos es otra forma de la objeción “Examinen los frutos”. Si bien debemos revisar el fruto, también debemos examinar la raíz.

Es sorprendente escuchar que los falsos maestros de la iglesia actual son excusados por sus seguidores por una apelación a la ignorancia de sus maestros. Uno pensaría que si los cristianos fuesen conscientes de que ciertos maestros de doctrina son doctrinalmente ignorantes, ellos buscarían su doctrina en otra parte. En algunos casos, estos maestros no afirman para nada ser ignorantes, sino ser receptores de nuevas comprensiones doctrinales e incluso revelaciones de doctrinas que supuestamente la iglesia había perdido hace siglos. En tales casos, la excusa de no ser teólogos suena especialmente hueca.

“No contienda sobre palabras”

Otra objeción contra el discernimiento doctrinal es que no es otra cosa más que “contender sobre palabras”. La expresión proviene de 2 Timoteo 2:14, donde Pablo le dice a Timoteo que le recuerde a su gente que “no contienda sobre palabras, lo cual para nada aprovecha y lleva a los oyentes a la ruina”. Algunas personas alegan que cualquier crítica de la doctrina de un maestro, en particular críticas que se concentran en el uso de ciertas palabras por parte del maestro, debe descartarse como contender sobre palabras.

Muchas disputas doctrinales son correctamente caracterizadas como contiendas sobre palabras. Pero por ningún esfuerzo de la imaginación puede esto ser cierto de *todas* las disputas doctrinales. En la misma carta en la que Pablo le advierte a Timoteo contra contender por palabras, también lo instruye: “Retén la norma de las *palabras sanas* que has oído de mí” (2 Timoteo 1:13). Pablo claramente espera que Timoteo adopte una posición a favor de la verdad de la enseñanza de Pablo y contra las palabras erróneas de los falsos maestros.

De hecho, inmediatamente después de advertir a Timoteo que no contendiera por palabras, lo exhorta a asegurarse de que maneje “con precisión la palabra de verdad” y le dice: “Evita las palabrerías vacías y profanas” (2:15-16). Pablo luego señala a “Himeneo y Fileto, que se han desviado de la verdad diciendo que la resurrección ya tuvo lugar, trastornando así la fe de algunos” (2:17b-18). Podríamos decir que la disputa aquí era sobre la palabra *resurrección* y su significado; pero contender sobre la comprensión bíblica de esta palabra no es un mero “contender sobre palabras”.

Irónicamente, cuando el significado o uso de ciertas palabras es cuestionado, a menudo se debe a que han aparecido falsos maestros que añadieron nuevos significados a palabras que se usan comúnmente en la doctrina cristiana. Generalmente ellos dirán que la iglesia ha entendido mal la doctrina bíblica relacionada con esa palabra y ahora ellos van a enderezarlo todo. Luego, cuando se cuestione su mal uso o su mala definición de términos, ¡a veces se esconderán tras la excusa de no desear “contender sobre palabras”!

“No lo mandará a usted al infierno”

La objeción final al discernimiento doctrinal que consideraremos aquí es esta: Si creer en cierta doctrina no impedirá que la gente se salve – si es posible aceptarla y aún ser salvo – entonces ¿por qué hay que rechazarla? Hay otra forma de plantearlo: Si los cristianos pueden estar en desacuerdo acerca de cierto tema doctrinal y seguir siendo cristianos, entonces no vale la pena dividirse por esa doctrina.

Esta objeción adopta lo que podría llamarse un enfoque *minimalista* del discernimiento doctrinal. Quienes sostienen este enfoque pueden estar de acuerdo en que debemos tener algunos estándares doctrinales. Sin embargo, desean mantener estos estándares muy reducidos. Específicamente, no desean incluir nada en lo que las personas puedan discrepar y aun así ser salvas.

Este enfoque minimalista puede parecer superficialmente razonable, pero se basa en una premisa falsa. La premisa, o suposición, del argumento es que *cualquiera que pueda posiblemente ser salvo debe ser considerado como cristiano y miembro pleno de la iglesia de Jesucristo*. Se puede probar que esta suposición es bíblicamente falsa. Por ejemplo, si bien es posible que una persona que nunca ha sido bautizada se salve, tal persona no puede ser considerada como un cristiano practicante. El Nuevo Testamento supone que todos los cristianos se bautizan tan pronto como sea posible después de creer en Cristo (Mateo 28:19; Hechos 2:38; 1 Corintios 12:13). Por otra parte, una persona que se profesa cristiana implicada en un pecado grave que no se arrepiente debe ser disciplinada y expulsada de la iglesia – incluso aunque tal persona pueda llegar a salvarse (1 Corintios 5:1-13). De igual manera, los cristianos que promueven falsa doctrina deben ser silenciados y, de ser necesario, expulsados de la iglesia, incluso aunque puedan ser creyentes genuinos (Tito 1:10-11; 3:10-11).

Puede ser útil recordar que no se espera de nosotros que tratemos de determinar quién es salvo y quién no lo es. Este es un juicio que supera nuestra competencia. Nuestra responsabilidad como iglesia es ser fieles a la verdad y a las normas de Dios reveladas en la Escritura. Si alguien se rehúsa a reconocer esas normas o esa verdad, incluso llegando tan lejos como para contradecir la enseñanza bíblica de la iglesia, ellos en efecto se han separado a sí mismos de la iglesia. No hay nada nocivo ni divisivo acerca de darle público reconocimiento a este hecho. Por el contrario, hay algo muy nocivo en hacer la vista gorda al problema. Si se permite que la falsa enseñanza continúe sin ser revisada y cuestionada, puede ganar apoyo adicional y llevar después a una situación más divisiva.

Si un estándar minimalista de doctrina es impracticable, ¿qué estándar habría que usar? ¿Cuáles doctrinas deben ser aceptadas para que las personas sean consideradas como cristianos plenos? El resto de este libro trata acerca de la respuesta a esta pregunta. El término tradicional para referirse a la norma correcta de doctrina es *ortodoxia*. En el siguiente capítulo, consideraremos cómo definir de la mejor manera este término y su opuesto, la herejía.

5

La definición de ortodoxia y herejía

Hasta aquí he argumentado que debemos distinguir entre la verdad y el error en la doctrina. Ahora deseo ocuparme de la cuestión de la ortodoxia y la herejía más directamente. ¿Qué es la doctrina ortodoxa, qué es la doctrina herética y cuál es la diferencia?

Enfoques inadecuados

Es tentador decir que cualquier doctrina que es bíblica es ortodoxa y cualquier doctrina que no es bíblica no es ortodoxa. Pero esto es demasiado simplista. Por ejemplo, suponiendo que una de las varias posiciones (hay al menos cuatro) sobre el milenio es bíblica, no quiere decir que las otras no sean bíblicas y sean, por lo tanto, heréticas. Hay algunas doctrinas que, si bien no concuerdan con la Biblia, no son tan erróneas que deban ser consideradas heréticas.

Otro enfoque que se ha adoptado es evaluar las doctrinas según las confesiones doctrinales de alguna denominación en particular. Esto está muy bien si lo que se desea determinar no es la ortodoxia sino la fidelidad confesional. Es decir, si alguno desea ser un ministro ordenado de una denominación en particular, esa denominación tiene el derecho de esperar que tal persona concuerde con sus doctrinas. Si alguien no lo hace (por ejemplo, si discrepa con la posición de la denominación sobre hablar en lenguas o la predestinación), entonces esa persona no debiera esperar ser ordenado en tal denominación. Dada la actual diversidad de denominaciones, esto es de esperarse.

Por otra parte, es lamentable que la iglesia se haya permitido dividirse a sí misma por asuntos que no son esenciales. Por ello, la adhesión a las doctrinas particulares y distintivas de una denominación no debiera necesariamente ser una prueba de ortodoxia cristiana. Desde luego, algunas de las posiciones doctrinales adoptadas por una denominación pueden ser básicas para la ortodoxia (por ejemplo, una confesión de la divinidad de Jesucristo). En esos casos, la confesión de la denominación y la ortodoxia coinciden.

¿Cuál, entonces, debe ser el estándar de ortodoxia? ¿Y cómo debiera determinarse? Quizás la pregunta más perturbadora sea: ¿*Quién* debe determinar el estándar? Ciertamente, no afirmo tener ninguna autoridad particular para determinar por cuál estándar ha de juzgarse la ortodoxia. No pretendo tener ninguna unción especial más allá de la que tienen todos los

cristianos (1 Juan 2:20, 27). No hago ninguna afirmación de autoridad apostólica ni profética. ¿Quién soy, entonces, para juzgar lo que es ortodoxo y lo que no lo es? ¿Quién soy para llamar a alguien un hereje?

Mi respuesta a estas preguntas es doble. Primero, *soy un cristiano*, y como tal tengo la responsabilidad de evitar la herejía. También tengo, como parte de la iglesia, la responsabilidad de advertir a otros sobre la falsa doctrina, como vimos en el capítulo 3. No podría hacer tal cosa si no tengo una idea de lo que es la herejía. Segundo, *soy un maestro*, llamado por Dios al ministerio de enseñar a mis hermanos cristianos la sana doctrina. Esto no me da ninguna autoridad especial ni manto de sanción divina, y no desearía que nadie supusiera que cualquier cosa que yo diga sea la verdad. Pero significa que Dios me ha dado una responsabilidad especial, y si soy fiel él me usará para guiar a otros creyentes hacia una comprensión más completa y exacta de su verdad. Si soy verdaderamente fiel, quienes están abiertos a la verdad de Dios sabrán que lo que digo es verdad – no porque yo lo diga, sino simplemente porque yo los he llevado a ver lo que siempre ha estado en la Palabra de Dios, la Biblia.

Las definiciones

Entonces, ¿qué es la ortodoxia y qué es la herejía? Primero que nada, deseo señalar que el término *ortodoxia* no está en la Biblia. Esto no significa que el concepto mismo no sea bíblico, sino que no podemos obtener el significado del término a través de los textos bíblicos.

Las palabras *herejía* y *herético* sí están en la Biblia y se usan en varios sentidos. Los judíos llamaron al cristianismo una “herejía” (Hechos 24:14), probablemente significando que lo consideraban una secta que estaba bajo la condenación de Dios. Pero Pablo se refiere a las varias facciones entre los cristianos de Corinto como “herejías”, esto es, “divisiones” (1 Corintios 11:19). Aquí parece considerar que algunas de estas divisiones diferencian a los creyentes falsos de los verdaderos, pero otras divisiones serían simplemente expresiones desafortunadas de desunión pecaminosa entre cristianos, sin sugerir que todos cuantos pertenecían a estas diferentes facciones estuvieran perdidos. En otra parte, sin embargo, Pablo se refiere a las “herejías” o divisiones como obras de la carne (Gálatas 5:19-20) y dice que un “herético” – una persona que causa divisiones en la iglesia – está pervertido y se condena a sí mismo (Tito 3:10-11). Finalmente, Pedro habla de “herejías” destructivas en el sentido de doctrinas que niegan a Cristo el Señor (2 Pedro 2:1).

Es evidente que una “herejía” en la terminología bíblica puede ser meramente una desafortunada división entre cristianos, pero en un sentido más estricto es una enseñanza divisiva o una práctica destructiva de la fe genuina, que merece condenación. El sentido más amplio corresponde a nuestras modernas denominaciones, mientras que el sentido más estricto se aplica más claramente a grupos que rechazan doctrinas cristianas básicas y se separan a sí mismos de la iglesia histórica en sus muchas formas. Pero una “herejía” en el último sentido puede tener, al menos, su comienzo dentro de la iglesia. Cuando sea que surjan herejías en este sentido estricto, los cristianos están llamados a separarse de quienes persisten en sostenerlas.

Podemos, por lo tanto, definir la herejía en sentido estricto como ***una enseñanza que se opone directamente a lo esencial de la fe cristiana, de modo que los cristianos practicantes deben separarse de quienes la sostienen***. Note aquí la diferencia: una “facción” o herejía en el sentido más amplio es una división desafortunada que separa a los cristianos entre sí, y los cristianos son llamados a hacer todo lo posible por superar estas divisiones (1

Corintios 1:10). Pero una herejía en el sentido más estricto es una división que separa cristianos de no cristianos (o en el mejor caso, de cristianos que persisten en un grave error) y los cristianos son llamados a establecer una línea de separación y rehusarse a tener comunión espiritual con quienes la han cruzado. Esto no quiere decir que los cristianos no deban mostrar genuino amor, compasión y respeto personal hacia los herejes; con demasiada frecuencia en la historia de la iglesia, “hereje” ha sido una palabra que expresa odio.

¿Cómo, entonces, debiéramos definir “ortodoxia”? Podríamos definirla como ***ese cuerpo de enseñanzas esenciales que debe ser sostenido por todos aquellos que pueden ser aceptados como cristianos practicantes***. Para decirlo simplemente, cualquiera de las enseñanzas o prácticas religiosas que no son heréticas son ortodoxas, y viceversa.

Note que no hemos dicho que todos los miembros de las iglesias que enseñan herejías están perdidos. Esto no es más cierto que decir que todos los miembros de iglesias que enseñan la ortodoxia son salvos. Al decir que algunas personas son herejes, o que están siguiendo una herejía, no estamos pronunciando juicio sobre sus almas eternas. *Estamos* diciendo que si siguen consistentemente esas herejías, se perderán (afortunadamente, a menudo las personas son inconsistentes – dándonos, paradójicamente, esperanza para la salvación de algunas personas de religiones heréticas). A la inversa, al decir que algunos son ortodoxos no estamos diciendo que son necesariamente verdaderos cristianos con la seguridad de la vida eterna. *Estamos* diciendo que si siguen la doctrina ortodoxa como la base de sus vidas (y así confían solamente en el verdadero Jesucristo para su posición correcta ante Dios), serán salvos.

6

No siempre es blanco o negro

Parecería que el discernimiento doctrinal debiera ser un procedimiento sencillo de realizar para determinar si una doctrina es ortodoxa o herética. Después de todo, hemos definido la ortodoxia y la herejía en una forma tal que parece cubrir todas las posibilidades. O bien una doctrina es tal que quienes la sostienen debieran ser aceptados como cristianos, en cuyo caso es ortodoxa, o bien no lo es, en cuyo caso es herética. Esto parecería implicar un enfoque de blanco o negro, en el cual toda doctrina es o bien completamente ortodoxa, o bien completamente herética.

Aunque el discernimiento doctrinal sería mucho más claro y simple si esto fuese así, desafortunadamente las cosas son más complicadas.

El blanco y el negro hacen el gris

Una doctrina particular nunca se sostiene aisladamente de otras doctrinas, sino que siempre es parte de un sistema o red de creencias sostenidas por una persona o un grupo. Y a veces, ese sistema de creencias incluye muchas doctrinas que son ortodoxas como también algunas que son heréticas. Por ejemplo, un grupo religioso puede sostener que la Biblia es la Palabra de Dios, que existe un único Dios, que Jesús nació de una virgen y resucitó de entre los muertos, y aun así negar la divinidad de Jesucristo. El *sistema de creencias* de tal grupo es herético, aunque contenga muchas *creencias* verdaderas.

Además, las creencias heréticas de un grupo generalmente lo llevan a entender o aplicar mal incluso aquellas creencias verdaderas que confiesan, ya que las creencias tienden a ser interdependientes y por lo tanto afectarse mutuamente.

Así, una de las tareas del discernimiento doctrinal es diferenciar cuáles creencias de un sistema herético son realmente heréticas, cuáles no lo son, y cómo las creencias no heréticas son mal aplicadas debido al sistema herético en el cual son sostenidas.

El blanco sobre el negro también hace el gris

La segunda clase de complicación que hay que notar es que la gente a veces sostiene creencias incoherentes. Debido a que las personas son a menudo inconsistentes, en algunos

casos pueden sostener creencias ortodoxas pero también creencias que socavan o contradicen sus creencias ortodoxas. La dificultad que se presenta en tales casos es discriminar si el sistema de creencias es básicamente ortodoxo o no lo es.

Por ejemplo, muchos grupos que se profesan cristianos hoy confiesan creer en un único Dios, pero también hablan de seres humanos (usualmente de cristianos en particular) como si fueran en algún sentido “dioses”. Esta contradicción verbal puede evidenciar una contradicción real en la sustancia de sus creencias, o no hacerlo. El hecho es que estos diferentes grupos quieren significar cosas muy diferentes cuando llaman “dioses” a los creyentes. En algunos casos, es evidente que no creen en absoluto en un único Dios. En otros casos, es claro que están usando la palabra *dioses* para los creyentes en un sentido figurativo, de modo que su confesión de un único Dios no es contradicha para nada. Aun en otros casos, existe una tensión real y es difícil evitar la conclusión de que el grupo en cuestión sostiene opiniones incoherentes.

Doctrina aberrante

Es útil hablar de doctrinas religiosas que socavan o están en tensión con las creencias ortodoxas de un grupo como *aberrantes*. Sostener opiniones aberrantes es un serio problema, y quienes lo hacen deliberadamente (es decir, después de que se les ha señalado el problema) pecan gravemente y debieran ser tratados consecuentemente. Específicamente, a quienes defienden tales errores no se les debería permitir enseñar o ministrar en la iglesia, y quienes insisten en promover tales opiniones aberrantes debieran ser excomulgados.

La acusación de que las creencias de una persona o grupo son aberrantes es seria y no debiera hacerse livianamente. Puede argumentarse que en algún nivel, cualquier creencia incorrecta está en tensión con las creencias ortodoxas o las socava. Por aberrante, sin embargo, me refiero solamente a falsas creencias que causan serio daño a la integridad de una confesión ortodoxa de fe.

Doctrina insana

Uno pensaría que las categorías de ortodoxa, aberrante y herética serían suficientes. Y si todo lo que a uno le preocupa es la ortodoxia, estas categorías bastan. No obstante, las aguas se enturbian aún más por el hecho de que a menudo se enseñan en la iglesia doctrinas que no parecen impactar mucho en la ortodoxia, pero que son tan malas que merecen ser rechazadas. Si la doctrina aberrante es “gris”, quizás esta clase de doctrina debería colorearse de “marrón”. No es una doctrina buena y sana, ni es una herejía rotunda, ni es una mezcla de opiniones ortodoxas y no ortodoxas. Es solo una doctrina enfermiza e inapropiada.

El apóstol Pablo tuvo que criticar tales doctrinas. Le dijo a Timoteo que instruyera “a algunos que no enseñaran doctrinas extrañas, ni prestaran atención a mitos y genealogías interminables” (1 Timoteo 1:3-4a). Estas doctrinas debían ser rechazadas, no porque llevaran a alguien a la destrucción, sino porque solamente provocaban especulación y no hacían avanzar la obra ni los propósitos de Dios (v. 4b). Estas malas doctrinas erraban el blanco; producían “discusiones inútiles” en lugar de amor y fe (vv. 5-6).

Se necesita discernimiento doctrinal no solo para determinar cuál doctrina es apenas aceptable y cuál no lo es, sino también para determinar cuál doctrina es *buena*, cuál doctrina hace avanzar la obra de Dios en el mundo en y a través de la iglesia. En la escuela de la doctrina cristiana, no es suficiente una aprobación a duras penas (¡6 de 10 en lugar de 5 de

10!). Tal mala doctrina debiera ser rechazada por la iglesia en favor de una doctrina sana y buena.

La iglesia de hoy está plagada no solamente por herejías y aberraciones, sino también por doctrinas que yo caracterizaría como “doctrina chatarra”. La comida chatarra no te matará, a menos que sea lo único que comas – en cuyo caso tarde o temprano la mala nutrición te afectará. Una doctrina chatarra no es buena ni es totalmente mala. Podrías llamarla una doctrina “extravagante”.

Algunos ejemplos ayudarían aquí, pero deseo mantener mi compromiso de no dar ejemplos específicos, para que la gente pueda aprender los principios aquí establecidos sin prejuicio. De modo que permítame inventar un ejemplo (¡no puedo garantizar que nadie crea esto, pero nunca he escuchado de nadie que lo crea!). Suponga que alguien creyese que cada libro del Antiguo Testamento se corresponde con algún acontecimiento específico del fin de los tiempos. En esta teoría, hay 39 sucesos que deben tener lugar en la última generación antes del retorno de Cristo, y estos 39 sucesos ocurrirán en el mismo orden que los 39 libros del Antiguo Testamento que supuestamente los anuncian. Entonces, todo lo que tenemos que hacer es ver cuál de los 39 sucesos han tenido lugar y cuáles no, y podemos señalar lo que todavía tiene que acontecer antes del regreso de Cristo. Y suponga que esta teoría es considerada la llave para “abrir” la enseñanza del Antiguo Testamento.

¿Muy loco, dice usted? Bien, hay muchas enseñanzas circulando hoy en la iglesia que se aproximan inquietantemente a ésta (las especulaciones sobre el fin de los tiempos comprenden un alto porcentaje de las doctrinas chatarras en la iglesia de hoy). No parece haber nada manifiestamente nocivo en esta teoría. Pero la teoría tampoco tiene nada valioso que ofrecer. Para empezar, es falsa (después de todo, la acabo de inventar). No es la clave para el significado o estructura del Antiguo Testamento. En el mejor de los casos, esta enseñanza distraerá a los cristianos de ocuparse en la verdadera comprensión del Antiguo Testamento y su aplicación para sus vidas.

El discernimiento como un arte

El fenómeno de la doctrina chatarra o extravagante resalta la dificultad implicada en el discernimiento doctrinal. Si las doctrinas pueden ser blancas o negras, grises o marrones, entonces es evidente que el discernimiento doctrinal es, por cierto, un asunto de juicio muy delicado. Tendemos a pensar sobre esto como si se tratara de tener tres o cuatro cajas, cada una claramente rotulada “ortodoxa”, “herética”, etcétera, y decidir en qué caja poner cada doctrina. En ocasiones, quizás la mayor parte de las veces, es así de fácil. Pero, en alguna forma, se trata más de ubicar la doctrina en un continuo. En un extremo están las doctrinas que son claramente ortodoxas, en el otro las doctrinas que son claramente heréticas. Pero en alguna parte hacia el medio hay doctrinas que son más difíciles de calificar.

¿Significa esto que bajaremos los brazos y nos rendiremos? ¿Significa que deberemos sospechar de cualquiera que intente emitir tales juicios? No, porque ya hemos visto que Dios nos manda a ejercer el discernimiento.

Lo importante de la cuestión es que el discernimiento doctrinal es una tarea difícil – una que requiere sensibilidad, un sentido de proporción y equilibrio, y una profunda comprensión de lo que es esencial y lo que no lo es. Es menos parecido a un problema concreto de física o aritmética y más parecido a un arte (no quiero decir con esto que en cierto nivel los físicos y matemáticos no puedan ejercer talento artístico). Constantemente están surgiendo nuevas herejías y aberraciones, como asimismo nuevas comprensiones de la

ORTODOXIA Y HEREJÍA

verdad bíblica, y se requiere discernimiento para distinguir unas de otras. Por lo tanto, la tarea del discernimiento doctrinal es una necesidad permanente en la iglesia cristiana.

Habiendo demostrado que el discernimiento doctrinal es necesario, tengo todavía mucho por decir acerca de cómo debe realizarse. Ese será el foco de la Segunda Parte.

SEGUNDA PARTE

Lineamientos para el discernimiento doctrinal

7

Principios para identificar la herejía

La distinción entre la ortodoxia y la herejía debe realizarse sobre la base de principios sanos, cada uno de los cuales debe, a su vez, basarse en la enseñanza de la Palabra de Dios. Comienzo, entonces, discutiendo cuatro principios que la iglesia debe emplear como herramientas para identificar y exponer la herejía. Aunque son susceptibles de incompreensión y abuso, los cuatro – propiamente entendidos – son válidos y debieran utilizarse juntos en el discernimiento doctrinal.

El principio protestante

No me estoy refiriendo aquí a una posición exclusivamente protestante, sino más bien a un principio que es especialmente grato para los protestantes (especialmente los evangélicos). Por esta razón lo llamo el principio protestante (con minúscula). Según este principio, *solamente la Biblia es la Palabra escrita de Dios, y como tal es el único estándar definitivo e infalible en los asuntos de controversia en la iglesia*. Este principio se desprende de la enseñanza del mismo Jesucristo, quien enseñó que, mientras que la tradición humana y los líderes religiosos son falibles, la Escritura es la Palabra de Dios y nunca erra (Mateo 5:17-20; 15:3-9; 22:29; Juan 10:35). Ya que ser un cristiano significa, como mínimo, ser un seguidor de Jesucristo, ningún individuo o grupo puede afirmar ser cristiano si no reconoce esta autoridad especial de la Biblia.

Dije antes que esta enseñanza no es sostenida exclusivamente por los protestantes, aunque es especialmente grata para ellos. Tanto el catolicismo romano como las iglesias ortodoxas orientales (las otras dos principales ramas del cristianismo) enseñan que las tradiciones de la iglesia son infalibles y autoritativas, una enseñanza con la cual los protestantes no pueden concordar. Así, estas ramas del cristianismo no adhieren plenamente al principio protestante tal como se lo definió aquí. Por otra parte, el catolicismo y la ortodoxia oriental enseñan que la Biblia es la *norma normans*, es decir, la norma por la cual todas las otras normas han de ser juzgadas. Por lo tanto, al menos en cierto sentido, la posición de las principales tradiciones cristianas es que la Escritura tiene la palabra final. Pero los protestantes evangélicos, creo yo, han sostenido este principio más consistentemente que los cristianos de las tradiciones católica u ortodoxa oriental.

Por otra parte, el liberalismo teológico – que comenzó en el protestantismo tradicional y virtualmente lo ha envuelto, y ahora ha hecho avances significativos en el catolicismo romano – niega completamente el principio protestante. El liberalismo pretende juzgar las enseñanzas de la Biblia de acuerdo con los cánones de la razón humana. Consecuentemente, debe ser rechazado como apóstata por los verdaderos creyentes de las principales tradiciones cristianas.

El principio protestante se ha resumido con frecuencia por el lema de la Reforma protestante *Sola Scriptura* (“solo la Escritura”). Tomado en su sentido verdadero, esto significa que solamente la Escritura es una expresión verbal inerrante de la mente de Dios para la iglesia antes del retorno de Cristo. Desafortunadamente, la doctrina de *Sola Scriptura* es a menudo mal entendida y mal aplicada en nuestros días. A menudo, la clase de enfoque de “solo la Biblia” criticado por cristianos católicos y ortodoxos orientales es, en realidad, una distorsión del principio protestante. De modo que permítame especificar lo que *Sola Scriptura* no significa.

Primero que nada, el principio protestante *no significa que la verdad puede hallarse únicamente en la Escritura*. Hay muchas verdades – matemáticas, científicas, históricas, psicológicas y otras clases de verdades – que no se encuentran específicamente en la Biblia. Todas esas verdades, si en realidad son verdades y no nociones equivocadas, deben ser consistentes con la Biblia. A veces, nuestro conocimiento de la Biblia nos llevará a corregir nuestras nociones equivocadas acerca de la historia, la ciencia o la psicología. Por otra parte, a veces los avances en nuestro conocimiento de estos campos nos forzará a revisar, refinar o incluso corregir nuestra comprensión de la Biblia. Esto ocurrió, por ejemplo, cuando Galileo demostró que la Tierra gira en torno al Sol y por tanto que la Tierra se mueve, contrariamente a las interpretaciones de la Biblia que eran normativas en aquel tiempo. El lema “toda verdad es verdad de Dios” es en sí mismo verdad. Por cierto, algunas veces la gente acepta como verdad teorías y especulaciones que no lo son, pero esto es un abuso.

Una aplicación simplista del “solo la Biblia” del principio protestante que se rehúse a permitir tales correcciones en nuestra comprensión de la Escritura, es destructiva de dos maneras. Primero, divide a los cristianos, porque aquellos que están abiertos a toda la verdad no van a permitir que los detengan quienes están cerrados a cualquier cosa que no encaje en sus interpretaciones rígidas de la Biblia. Segundo, perjudica al evangelismo, porque los no cristianos inteligentes pueden ver que el fundamentalismo del “solo la Biblia” ciega a sus adherentes a verdades demostradas y esto los desalienta de tomar seriamente al cristianismo.

Segundo, el principio protestante *no significa que todas las tradiciones se basen en una falsedad*. Las tradiciones que no se pueden hallar en la Biblia no son por esa razón demostradamente falsas. Para demostrar que una tradición es falsa debe mostrarse que *contradice* la Biblia. Si esto no es posible, la tradición debe ser evaluada sobre la base de la evidencia histórica de su autenticidad. Por ejemplo, la Biblia nunca identifica explícitamente por nombre a ninguno de los autores de los cuatro Evangelios. Sin embargo, eso no invalida las tradiciones de que fueron escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Por otra parte, las tradiciones que no pueden ser fundamentadas a partir de la Biblia no debieran ser obligatorias para los cristianos. Es decir que no se debiera exigir que los cristianos aceptaran como dogmas tradiciones que no tienen garantía bíblica. Este es el aspecto del principio protestante que es más problemático para los católicos. Sin embargo, al menos algunos apologistas y teólogos católicos sostienen que todos los dogmas católicos tienen alguna justificación en la Escritura, aun cuando no puedan ser demostrados

directamente de la Escritura. Esta es un área en la cual los protestantes y los católicos necesitan continuar dialogando.

Tercero, el principio protestante *no prohíbe emplear palabras que no se encuentran en la Biblia para expresar la doctrina bíblica*. Por ejemplo, la idea de que la Biblia es un “canon”, o regla de fe, es bíblica aunque la palabra *canon* no se emplea con este sentido preciso en la Biblia. La idea de que Dios es “auto-existente”, significando que su existencia no depende de nadie más que de él mismo, es bíblica, aunque la palabra *auto-existente* no está en la Biblia.

Un punto relacionado es que las deducciones o inferencias necesarias de lo que dice la Biblia son tan normativas como las propias afirmaciones bíblicas. Es decir que cualquier afirmación que se deriva lógicamente de las afirmaciones expresas de la Escritura es tan verdadera y vinculante como las mismas afirmaciones de la Biblia. Por ejemplo, una vez que entendemos que las afirmaciones bíblicas de que *Dios no es un hombre* (Números 23:19) y que *Dios es espíritu* (Juan 4:24), entre muchas otras afirmaciones de la Escritura, implican lógicamente la afirmación de que *Dios es incorpóreo* (es decir, Dios carece de cuerpo), entonces para ser fieles a la Escritura debemos admitir que Dios es incorpóreo, aunque esta afirmación precisa nunca se hace en la Biblia (dicho sea de paso, esta afirmación habla de Dios en su naturaleza divina eterna y no niega que Dios se encarnó corporalmente en Jesucristo).

He dedicado considerable atención al principio protestante porque es, en mi opinión, fundacional para los demás principios. Esto no es simplemente un sesgo de mi parte. Más bien, como intentaré explicar, el principio protestante debe ser sostenido como una premisa o suposición fundamental si los otros tres principios han de entenderse correctamente. No deseo implicar que uno debe aceptar el principio protestante, tal como lo he explicado, para ser cristiano (aunque un completo rechazo de la autoridad bíblica es una herejía). Sin embargo, sí sostengo que el discernimiento doctrinal sano debe basarse en este principio para tener un fundamento firme.

El principio evangélico

En Europa, el término “evangélico” es a menudo sinónimo de “luterano” y el principio que enuncio aquí será especialmente grato para esa tradición, aunque ciertamente la trasciende. Según este principio, ***todo lo que sea contrario al evangelio de Jesucristo debe ser rechazado como herejía***. Este principio se basa directamente en pasajes como Gálatas 1:6-9 y 1 Corintios 15:1-4. Aquí, “el evangelio” no se refiere a la Biblia en su totalidad, sino a su mensaje central de reconciliación de los seres humanos con Dios a través de la obra redentora de Cristo.

Este principio implica que no toda mala interpretación de la Biblia o desviación de ella es igualmente nociva para la auténtica fe cristiana. Entender mal la relación entre el milenio y la segunda venida, por ejemplo, no es un error tan serio como malentender la relación entre la fe y las obras. Si Jonás escapó vivo después de estar dentro de un gran pez por tres días no es un asunto tan importante como si Jesucristo se levantó de la tumba luego de estar muerto por tres días. Las opiniones diversas pueden ser errores evidentes o simplemente opiniones debatibles, pero en todo caso algunos errores son peores que otros.

Por otra parte, este principio puede ser mal aplicado tratando al evangelio como un “canon dentro del canon” de modo que ciertas partes de la Biblia se tornen más autoritativas que otras. Si bien podemos apoyarnos más directamente en el Evangelio de Juan o en la

Epístola a los Romanos en nuestra presentación del evangelio, nuestra comprensión del evangelio debe ser moldeada por la Biblia completa. Algunos grupos extremos o aberrantes han perdido esto de vista y han argumentado que solamente una parte de la Biblia – digamos, el libro de Hechos – presenta el evangelio de la salvación. Además de ser contrario a los hechos (por ejemplo, Pablo repasa lo básico del evangelio en 1 Corintios 15:1-8), tal argumento socava la unidad de la Escritura.

Además, incluso errores aparentemente menos importantes pueden ser sintomáticos de creencias francamente heréticas. Por ejemplo, si bien algunas opiniones diversas sobre el milenio son tolerables entre los cristianos, otras opiniones deben ser consideradas heréticas, como la opinión de que el milenio será un período en el cual los incrédulos serán resucitados y recibirán una segunda oportunidad de salvarse haciendo buenas obras. Claramente, esta opinión es herética por su implicación sobre la doctrina de la salvación. La creencia de que Jonás no fue tragado por un pez y liberado tres días más tarde podría ser sintomática de un prejuicio contra todos los milagros. Por otra parte, algunos cristianos que confiesan libremente que Dios pudo haber hecho tal milagro sostienen que el libro de Jonás es una parábola que simplemente no ha de ser tomada como histórica. Esta última opinión puede estar equivocada, pero no es anticristiana en la forma en que la primera claramente lo es.

Finalmente, debe notarse que en las denominaciones tradicionales fuertemente influidas por el liberalismo, el “evangelio” ha sido típicamente reinterpretado y diluido hasta dejar de ser en absoluto el evangelio bíblico. El principio evangélico siempre debe ir de la mano del principio protestante y no opuesto a éste, como sucede en el protestantismo liberal.

El principio ortodoxo

A éste lo llamo el principio “ortodoxo” porque será especialmente grato a los cristianos de la tradición ortodoxa oriental. Según este principio, ***los credos de la iglesia no dividida debieran ser considerados como expresiones confiables de las verdades esenciales de las que hablan***. Este principio surge de la enseñanza bíblica de que la fe cristiana fue entregada de una vez por todas a los santos (Judas 3) y que las puertas del Hades no prevalecerán contra la iglesia (Mateo 16:18). Estos textos (ver también Mateo 28:20; Juan 14:26; Efesios 4:11-16) hacen inconcebible que la iglesia toda pudiera establecer como *normativo* algo que fuera de hecho aberrante o herético.

Así, los credos formulados por la iglesia primitiva antes que se dividiese en ortodoxia oriental, catolicismo y protestantismo, los cuales son aceptados por *las tres ramas* del cristianismo, debieran considerarse estándares confiables por los cuales pueden exponerse las herejías. Los credos tales como el de Nicea y Calcedonia – que hablan del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo como un Dios (la Trinidad) y de Jesucristo como singularmente Dios y hombre (la encarnación) – expresaban la fe de todos los cristianos cuando fueron escritos y han unificado por siglos a los cristianos contra la herejía. Por lo tanto, ellos merecen respeto y debieran ser honrados como herramientas para identificar y exponer la herejía.

Note que no estoy diciendo que los cristianos no pueden discrepar con algunas frases precisas de estos credos. Después de todo, no son documentos inspirados e infalibles. Tampoco estoy diciendo que aquellas iglesias que escogen no emplear los credos, o que tienen poca o ninguna consideración por los credos como tales sean heréticas. Más bien, simplemente estoy diciendo que una doctrina debiera considerarse herética si se aparta de las enseñanzas esenciales y sustanciales de estos credos. Por lo tanto, estoy adoptando una forma más flexible de este principio que la que realmente sostienen los mismos cristianos ortodoxos

orientales. También les ruego a mis hermanos y hermanas en Cristo que están contra los credos, que revisen su rechazo de estas excelentes expresiones de ortodoxia.

El principio católico

Por “católico” no quiero decir específicamente católico romano, sino simplemente “universal” (que es lo que significa el término griego *katholikos*). Se ha abusado mucho de la noción de “catolicidad”, pero ésta también ha sido ignorada; ambas posiciones son desafortunadas. El principio católico es que ***cualquier doctrina que contradiga lo que la iglesia en su conjunto (en todos los tiempos y lugares) ha considerado como esencial para la fe cristiana debe ser considerada herética***. Este principio también proviene de la enseñanza bíblica, mencionada antes, de que Dios guardará a la iglesia toda de la herejía.

Debiera notarse que este principio es una generalización, no una prueba absolutamente definitiva. Digo esto porque por iglesia “toda” no quiero significar hasta el último individuo de la iglesia, como si el disenso de uno o unos pocos que se profesan cristianos pudiera negar el estatus de una doctrina como “católica”. Más bien, el principio busca sostener lo que la vasta mayoría de quienes han participado en la adoración de la iglesia, en todas sus varias ramas y denominaciones, y han sostenido la fe como fue definida por el principio de ortodoxia, han considerado como esencial o básico para su fe.

Además, el principio católico apropiadamente entendido presupone el principio protestante. Es decir que, cuando hablamos de “la iglesia” de todos los tiempos y lugares, estamos hablando de esa comunidad de fe que considera a la Biblia como la norma suprema de su fe. Estamos así excluyendo de entrada a aquellos segmentos de la cristiandad que han abandonado la fe en la Biblia como la Palabra de Dios. Ha sido solamente en los dos últimos siglos que grandes segmentos, tanto dentro del protestantismo como del catolicismo, han negado la autoridad bíblica absoluta. Y en la vasta mayoría de tales casos, las doctrinas de la Trinidad, la Encarnación y la Expiación han sido asimismo negadas. Estos segmentos del cristianismo deben ser considerados apóstatas, habiendo caído de la fe.

Estas consideraciones son útiles para precisar mejor la idea de apelar a la posición de la “iglesia cristiana histórica” como un criterio excluyente de ortodoxia. Lo que debemos significar con esta expresión es la comunidad de fe que ha creído en la Biblia, tal como ha existido continuamente a lo largo de los siglos. Aquellos segmentos de la cristiandad que han introducido nuevas revelaciones o han rechazado la autoridad bíblica no son, por esta definición, parte de la iglesia cristiana histórica.

Finalmente, note que no todo lo que ha sido creído por la mayoría de los cristianos queda bajo el principio católico, sino solamente aquellas cosas que la iglesia ha sostenido como *esenciales*. En otras palabras, necesitamos distinguir entre las creencias esenciales y necesarias y las creencias tradicionales no esenciales. Durante los primeros quince siglos de la historia de la iglesia, virtualmente todos los cristianos sostuvieron que la Tierra estaba en el centro físico del universo. Pero en modo alguno esta “universalidad” hace de esta creencia errónea parte de la fe cristiana “católica” o universal. Aquí el “principio evangélico” es un correctivo valioso contra una posible mala interpretación del principio católico.

8

¿Qué es la doctrina?

Tanto se ha dicho ya sobre la doctrina, que podría parecer obvio que sabemos de qué estamos hablando cuando utilizamos la palabra *doctrina*. No obstante, algunas reflexiones sobre la naturaleza de la doctrina serán muy útiles para encarar la tarea del discernimiento doctrinal.

Entender qué es la doctrina, y qué no es, es esencial si la doctrina no ha de ser sobrevalorada ni subvalorada. Estoy convencido de que muchos desacuerdos acerca de la importancia relativa de ciertos asuntos doctrinales radican en la falta de apreciación de la naturaleza de la doctrina. La naturaleza de la doctrina cristiana puede discutirse bajo tres encabezados. La doctrina, propiamente entendida, es (1) proposicional, (2) polémica y (3) parcial.

La doctrina como proposición

La doctrina es la formulación de la fe cristiana en forma de proposiciones. Una *proposición*, como se define aquí, es una afirmación que declara un hecho. Una proposición afirma: “las cosas son de este modo”, o “esto es lo que ocurrió”, o “esto es lo que significa”, o cosas similares. No todo en la Biblia es proposicional. Ante todo, la Biblia contiene otras clases de frases, como preguntas y mandamientos. Además, el género, o tipo de escrito, en el cual gran parte de la Biblia está escrita, no es habitualmente proposicional en su forma. Por ejemplo, las narraciones y la poesía no contienen generalmente muchas afirmaciones proposicionales directas. Como es bien sabido, el Antiguo Testamento está en gran medida compuesto por escritos de estos dos géneros.

Reconocer el hecho de que la doctrina es solamente una forma de expresar la fe cristiana es crucial para apreciar su importancia y sus limitaciones. Por una parte, la doctrina actúa como un tipo de control de nuestra comprensión de las expresiones de fe no proposicionales. Incluso dentro de la misma Biblia, usamos las porciones más claramente doctrinales para interpretar las narraciones y la poesía. Por ejemplo, empleamos Levítico y Deuteronomio para evaluar las acciones de los reyes en 1 y 2 Reyes. Usamos las epístolas de Pablo y Pedro para ayudarnos a aprender qué cosa en el libro de Hechos es una práctica normativa y qué cosa es un acontecimiento histórico único. Fuera de la Biblia, empleamos la

doctrina cristiana como un control de las expresiones de fe no doctrinales o semi-doctrinales tales como las letras de canciones evangélicas, las obras teatrales eclesiásticas o la liturgia. La doctrina puede ser invaluable en mantener “por buen camino” tales expresiones artísticas de la fe, en cuanto a las creencias y valores que transmiten a otros.

Por otra parte, las expresiones proposicionales de la doctrina tienen sus limitaciones. Son más adecuadas para transmitir ideas que sentimientos. Son más aptas para enunciar verdades abstractas que para contar historias. En años recientes, algunos teólogos incluso han estado insistiendo en que la iglesia se enfoque más en la “teología narrativa” que en formulaciones abstractas y sistemáticas de la doctrina. Un énfasis renovado en la narración de acontecimientos bíblicos es bueno, siempre que no perdamos de vista tres cosas. (1) Que aquellos acontecimientos de las narraciones bíblicas realmente ocurrieron. (2) Que los sucesos son narrados para revelarnos verdades acerca de Dios y nuestra relación con él que exceden un simple relato de los hechos. (3) Que la Biblia mezcla la narración y otras formas no proposicionales de comunicación con la instrucción doctrinal, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo.

La doctrina como polémica

Mientras que la afirmación de que la doctrina es proposicional puede causar solamente un bostezo, por ser tan obvia, la afirmación de que la doctrina es polémica por naturaleza puede provocar que algunos levanten las cejas. Decir que la doctrina es polémica implicará para muchos que es puramente negativa y argumentativa. ¿No debiera ser la doctrina positiva, inspiradora y edificante? ¿Siempre debe ser polémica?

Ciertamente, al expresar nuestras creencias cristianas, no necesitamos siempre ser abiertamente polémicos contra las creencias de otros. De nuevo, hay formas alternativas legítimas e incluso indispensables de expresar la propia fe, aparte de la doctrina. Sin embargo, aunque pueda sonar extraño al principio, es muy importante comprender que la doctrina es fundamentalmente polémica.

¿Cómo es esto? Bueno, la fe cristiana es primero y principalmente una relación personal entre los seres humanos (tanto individual como colectivamente) y el Dios personal revelado en Jesucristo. Es la historia de la creación de la raza humana por Dios, nuestra rebelión contra Dios, y su misericordiosa obra de redención que culminó en la muerte y resurrección de Jesús. El propósito de la formulación doctrinal – de reunir expresiones formales de las verdades de la fe cristiana – es asegurar la integridad de esa fe contra la mala interpretación o la distorsión de esas verdades. En síntesis, se requiere buena doctrina debido a la existencia de mala doctrina.

Uno puede ver esto a través de las porciones doctrinales del Nuevo Testamento. Los Evangelios están llenos de discursos en los cuales Jesús refuta las malas interpretaciones del Antiguo Testamento que hacían los escribas y fariseos. Con frecuencia, la enseñanza de Jesús también rebate comprensiones equivocadas del significado de sus obras milagrosas. En sus epístolas, Pablo está frecuentemente combatiendo falsas enseñanzas acerca de todo, desde la circuncisión hasta la resurrección. La carta a los Hebreos, las cartas de Pedro, Juan y Judas, todas tratan polémicamente con errores de varias clases.

La omnipresencia de la polémica en las porciones doctrinales del Nuevo Testamento (otro tanto puede hallarse en el Antiguo) tiene algunas lecciones importantes para nosotros. Los cristianos que polemizan contra versiones falsas o distorsionadas de la doctrina cristiana simplemente están siguiendo el ejemplo bíblico. La preocupación por la exactitud doctrinal

y la oposición a la falsa doctrina son distintivas de un cristiano sano con mentalidad bíblica. La noción pietista de que las expresiones negativas de la doctrina son poco compasivas, o no edificantes, es ajena a la Biblia.

Otra lección extremadamente importante de aprender es que si la doctrina cristiana parece muy complicada, generalmente el nivel de tecnicismo se debe al hecho de que la doctrina bíblica en cuestión ha sido objeto de un ataque considerable. Las afirmaciones cuidadosamente calificadas acerca de la divinidad de Cristo, por ejemplo, se tornaron necesarias solamente cuando aparecieron personas que afirmaban ser cristianas pero negaban o distorsionaban la verdad de su divinidad. A medida que las negaciones más crudas de la verdad bíblica son refutadas por los teólogos cristianos y la iglesia es concientizada de tales negaciones, otras negaciones más sutiles de las mismas verdades tienden a tomar su lugar. Estas negaciones más sutiles exigen nuevas refutaciones, que es de esperar sean igualmente sutiles y precisas en su respuesta (aunque desafortunadamente no siempre lo son). En muchos casos, este ciclo se ha repetido a lo largo de los siglos. Es por esta razón que algunas de las controversias doctrinales de la iglesia de hoy parecen ser sobre asuntos menores, aunque no lo son.

Aunque las herejías tienden a tornarse crecientemente sutiles, los temas esenciales nunca se tornan demasiado difíciles para que los cristianos laicos los entiendan. Nunca he encontrado una enseñanza herética que no pueda mostrarse claramente a los cristianos laicos como no bíblica y destructiva para la fe cristiana auténtica. Las premisas filosóficas o los puntos finos de interpretación pueden a veces ser demasiado misteriosos para que los entienda el laico, pero el error básico teológico, espiritual o ético no escapa a su comprensión.

La doctrina como conocimiento parcial

El tercer punto a tener en cuenta acerca de la doctrina es que es *parcial*. Lo que quiero decir aquí es que aunque la verdad es una unidad y es absoluta, nuestra humana comprensión y las expresiones doctrinales de la verdad son siempre parciales, incompletas y no exhaustivas, y en este sentido podrían llamarse incluso “relativas”. Esto no es relativismo. El relativismo dice que toda *verdad* es relativa. El “parcialismo”, como yo lo entiendo, dice que la verdad es absoluta, pero nuestro *conocimiento* de la verdad es siempre relativo. Es decir, es siempre *nuestro* conocimiento, observado desde nuestro punto de vista, entendido en el contexto de nuestras experiencias y oportunidades de adquirir conocimiento.

Además, la doctrina es parcial porque usa un lenguaje que, por su propia naturaleza, no nos puede proporcionar un relato absolutamente comprensivo de la verdad. El lenguaje doctrinal puede ser verdadero y expresar una verdad absoluta; esto es completamente cierto del uso bíblico del lenguaje. Pero ningún lenguaje doctrinal, ni siquiera el que se encuentra en la Biblia, es exhaustivo con respecto a la verdad. La Biblia no nos dice más que la verdad, y nos dice todo lo que necesitamos saber para vivir según la voluntad de Dios; pero no nos dice todo ni declara exhaustivamente la verdad, ni siquiera en los temas que cubre. Por ejemplo, la Biblia nos dice mucho acerca de los tiempos y lugares relacionados con el nacimiento de Cristo, pero no nos proporciona la fecha exacta de su nacimiento.

Mucho menos, entonces, debíamos esperar que nuestras formulaciones doctrinales humanas y falibles representen la última palabra en cualquier asunto. Lo que un credo o una confesión dice de la Trinidad, por ejemplo, puede ser muy verdadero, pero eso no significa que no haya nada más que decir de la Trinidad. Siempre necesitaremos interpretar la doctrina

de la Trinidad de manera renovada cuando cada nueva generación haga preguntas algo diferentes sobre ella, o haga las mismas preguntas con otras palabras.

Las implicaciones de la naturaleza parcial que tiene la doctrina son muy importantes. Debido a que siempre hay más que podría decirse acerca de un asunto doctrinal particular, y porque las mismas verdades pueden expresarse de maneras diferentes, no siempre en las controversias doctrinales es una cuestión simple determinar quién tiene razón y quién está equivocado. A veces, ambas partes pueden tener razón porque están expresando la misma verdad con palabras diferentes. Quizás ambas partes tienen parcialmente razón y están erradas parcialmente. En este caso, cada parte debe aprender de la otra.

En otras palabras, no debiéramos dar por sentado que algunas personas son herejes meramente porque expresan sus creencias con palabras algo diferentes. Tampoco debiéramos suponer que son ortodoxas porque usan las mismas palabras que nosotros. Pueden querer decir algo diferente con ellas.

Además, incluso cuando estamos convencidos de que las personas están enseñando un error, debemos tratar de aprender de ellas. ¿Qué aspecto de la verdad cristiana están aprovechando? Tal vez hay algún aspecto de la verdad bíblica que los ortodoxos están ignorando. Tal vez los ortodoxos no han afrontado la explicación de la doctrina ortodoxa a la luz de algunos descubrimientos científicos o avances tecnológicos. Si los herejes distorsionan la doctrina ortodoxa en el proceso de tratar de relacionarla con la cultura moderna, debemos expresar nuestro desacuerdo y preocupación; pero, al mismo tiempo, debemos considerar su esfuerzo como una señal de que aquellos que somos ortodoxos tenemos pendiente algún esfuerzo intelectual.

Dios es soberano. Él gobierna incluso a los herejes. Esto *no* significa que debamos permitir que los herejes continúen enseñando falsa doctrina sin oposición en la iglesia. Sí significa, sin embargo, que no hemos meramente de expresar desprecio por los herejes y decirles que se marchen. Si, después de que hemos entablado diálogo con ellos, se rehúsan a arrepentirse de sus errores, debemos tomar caminos separados. Pero si de veras estamos abiertos a todo cuanto Dios nos quiere enseñar, habremos aprendido algo de ellos. De hecho, a lo largo de la historia de la iglesia, Dios ha usado a los herejes para aguijonear a la iglesia hacia una madurez doctrinal cada vez mayor. Podemos regocijarnos de este hecho, de igual modo en que nos regocijamos en saber que Dios puede usar lo malo para bien (Génesis 50:20); ciertamente, él obra todas las cosas para el bien de quienes lo aman (Romanos 8:28).

9

Clases de doctrinas heréticas

Tomando de corazón el principio protestante, nos volvemos ahora directamente a la Biblia. ¿Qué clases de doctrina herética trata y nos advierte de antemano? La Biblia hace frecuentemente referencia a falsas enseñanzas, y es a menudo en el contexto de refutar la herejía que se formula su material doctrinal positivo.

El Antiguo Testamento contiene advertencias contra cualquiera que profetice o proclame enseñanzas en el nombre de cualquier dios excepto el Señor, Jehová (Deuteronomio 13:1-5; 18:20-22). Este es el contexto en el cual se enmarca la enseñanza del Nuevo Testamento acerca de las herejías.

En el Nuevo Testamento hay advertencias contra falsos profetas (Mateo 24:11, 24; 2 Pedro 2:1) – es decir, contra quienes hacen predicciones en el nombre de Dios y cuyas predicciones resultan ser falsas (cf. Deuteronomio 18:22). Hay asimismo una advertencia contra falsos apóstoles (2 Corintios 11:13). Existen advertencias contra aquellos que afirman ser el Cristo, o que afirman que Cristo ya ha retornado, o que el Día del Señor ha venido, o que ya ha acontecido la resurrección – cuando todos estos acontecimientos serán tan claros y evidentes que no se les escaparán a nadie (Mateo 24:5, 23-27; 2 Tesalonicenses 2:1-2; 2 Timoteo 2:16-18).

Hay también advertencias contra quienes proclaman a otro Jesús o un evangelio diferente, o que introducen un espíritu que no es el Espíritu de Dios (1 Corintios 15:3-5; 2 Corintios 11:4; Gálatas 1:6-9). La enseñanza de que la circuncisión y el guardar la Ley son necesarios para la salvación es condenada (Gálatas 5:2-4; Filipenses 3:2). Por otra parte, enseñar que la libertad en Cristo nos da una excusa para el libertinaje también es condenado (Judas 4).

Los nueve enemigos de la verdad

1. Falsos evangelios	2 Corintios 11:4; Gálatas 1:6-9
2. Falsas doctrinas	Romanos 16:17; 1 Timoteo 1:3
3. Falsos milagros	Mateo 24:24; 2 Tesalonicenses 2:9
4. Falsos dioses	Deuteronomio 13:2; 2 Tesalonicenses 2:4
5. Falsos cristos	Mateo 24:24; 2 Corintios 11:4
6. Falsos espíritus	2 Corintios 11:4; 1 Juan 4:1-2
7. Falsos profetas	Mateo 24:24; 2 Pedro 2:1
8. Falsos apóstoles	2 Corintios 11:13; Apocalipsis 2:2
9. Falsos maestros	1 Timoteo 1:7; 2 Pedro 2:1

La negación de la venida de Jesucristo en la carne es considerada proveniente del espíritu del anticristo (1 Juan 4:1-6). Hay advertencia acerca de personas que causan disensiones por enseñar una doctrina directamente opuesta a lo que los cristianos ya saben que es verdad (Romanos 16:17; Tito 3:10-11). Hay advertencias contra los que dicen amar a Dios pero no aman al pueblo de Dios (1 Juan 4:20; 5:1) y quienes deliberadamente rompen con la iglesia por causa de una doctrina corrompida (1 Juan 2:19). Finalmente, hay advertencias contra añadir o quitar palabras a la Escritura profética (Apocalipsis 22:18-19) o torcer las Escrituras (2 Pedro 3:16).

Observando estas advertencias de la Escritura, podemos clasificar las herejías en seis categorías principales:

1. Herejías sobre la *revelación* – enseñanzas que distorsionan, niegan o añaden a la Escritura en una forma que lleva a la gente a la destrucción; afirmaciones falsas de autoridad apostólica o profética.
2. Herejías acerca de *Dios* – enseñanzas que promueven falsos dioses o distorsiones idólatras del verdadero Dios.
3. Herejías sobre *Cristo* – negaciones de su único señorío, su genuina humanidad y su verdadera identidad.
4. Herejías sobre la *salvación* – enseñar legalismo o libertinaje; negar el evangelio de la muerte y resurrección de Cristo, y otras similares.
5. Herejías acerca de la *iglesia* – intentos deliberados de separar a la gente de la comunión de los verdaderos cristianos; rechazo tajante de la iglesia.
6. Herejías sobre el *futuro* – predicciones falsas para las cuales se reclama autoridad divina; afirmaciones de que la venida de Cristo ya ha tenido lugar, y cosas similares.

Note que los errores en cualquiera de estas seis categorías tienden a introducir errores en las otras cinco. Tome, por ejemplo, la opinión herética sostenida por muchos grupos de que (5) la *iglesia* se tornó completamente apóstata en los primeros siglos y entonces debe ser “restaurada” en los últimos días. Esta doctrina implica que (1) la Escritura no es una *revelación* suficiente, sino que necesita ser completada o “explicada” por algún maestro o publicación autoritativos. También sirve casi siempre como base para rechazar los puntos de vista de la iglesia primitiva sobre (2) *Dios* y (3) *Cristo*. Ya que la Reforma es rechazada como insuficiente para la restauración requerida, (4) la doctrina de la *salvación* solamente por la gracia a través de la fe en Cristo solo es asimismo rechazada. Y la doctrina de una restauración llega a dominar las opiniones del grupo acerca del (6) *futuro*, al igual que les lleva a ver muchas o la mayoría de las profecías bíblicas acerca del futuro como si estuvieran cumpliéndose en su propio grupo.

Hallamos, entonces, que un error en cualquier área de la doctrina puede afectar, y a menudo afecta, todas las otras áreas. Por lo tanto, aunque las herejías tienden a caer directamente en una o más de estas seis categorías principales, las herejías pueden producirse en virtualmente cualquier tema doctrinal. Por ejemplo, alguien que enseñe que los ángeles debieran ser adorados está enseñando una opinión herética (Apocalipsis 19:10; 22:8-9), aunque el tema del asunto sean los ángeles. Esto se debe a que la adoración de cualquier criatura le arranca el corazón por completo a cualquier confesión de Dios como el único Dios.

Tampoco debe pensarse que el Nuevo Testamento nos da un catálogo de todas las herejías posibles. En nuestros días hay literalmente miles de distorsiones astutas de la teología cristiana que merecen la calificación de *herejía*, y que pueden ser reconocidas como tales aunque no hayan sido explícitamente anticipadas e identificadas como heréticas en la Biblia. La Biblia nos enseña lo que es absolutamente esencial, enuncia principios acerca de lo que es básico para una sana fe cristiana y lo que no es esencial, nos da una amplia variedad de ejemplos de herejías, y espera que ejercitemos *discernimiento* al evaluar enseñanzas nuevas y controvertidas cuando surjan.

Además, hay que darse cuenta que a medida que la iglesia avanza a través de la historia y profundiza su comprensión de la Escritura, en general las herejías se están tornando más sutiles, más engañosas y más fácilmente confundibles con el cristianismo auténtico.

Por ejemplo, los herejes de hoy que rechazan el Antiguo Testamento raramente son tan francos acerca de esto como Marción, el hereje del segundo siglo, quien simplemente negaba que el Antiguo Testamento fuese Escritura en algún sentido (también descartó buena parte del Nuevo Testamento). En lugar de esto, adoptan un método de interpretación que, si bien admite formalmente que la Biblia es la Palabra de Dios, en efecto torna al Antiguo Testamento irrelevante para el cristiano, lo cual es contrario a la clara enseñanza del Nuevo Testamento (Romanos 15:4; 2 Timoteo 3:16).

En síntesis, la herejía es cualquier doctrina que la Biblia califica de error destructivo y condenatorio; o cualquier doctrina que la Biblia instruye para que no sea tolerada en la iglesia; o cualquier doctrina que, aunque no se mencione en la Biblia, contradice claramente aquellas verdades que la Biblia indica como esenciales para una sana fe cristiana.

Las opiniones aberrantes también pueden clasificarse según las seis categorías mencionadas. En cada caso, la doctrina aberrante compromete seriamente la enseñanza esencial de la Biblia en una o más de las seis áreas, aunque no la niegue de plano.

Por ejemplo, la práctica de especular sobre la fecha precisa del retorno de Cristo puede a menudo ser una aberración apenas menor que una herejía. La práctica ciertamente no es

bíblica, y, en el contexto de sistemas heréticos de doctrina, puede ser considerada herética. Pero en algunos casos, ciertos maestros han argumentado más modestamente que Cristo podría volver en cierta fecha, admitiendo la posibilidad muy real de error e insistiendo solamente en una intensificada obediencia a la Palabra de Dios. Incluso esta clase de enseñanza debiera considerarse más o menos aberrante, ya que viola las advertencias bíblicas contra hacer predicciones de este tipo; pero no es por sí misma herética.

10

Un curso breve de sana doctrina

Es imposible en un breve capítulo hacer justicia a la totalidad de la doctrina cristiana sana y ortodoxa. Lo que puede hacerse es presentar lo esencial de la sana doctrina. En este capítulo no estaré *defendiendo* estas doctrinas (más allá de citar numerosos textos bíblicos pertinentes a ellas), sino simplemente las estaré *presentando*.

Al ocuparnos de estas doctrinas, deseo enfatizar dos cosas. La primera es la *importancia* de estas doctrinas. ¿Por qué estas doctrinas debieran considerarse tan importantes que quienes disienten de ellas deben ser excluidos de la comunión de creyentes en Jesucristo? Espero dar alguna respuesta mientras avanzamos. Segundo, deseo destacar la *interconexión* de estas doctrinas. Si usted rechaza un aspecto principal de la doctrina cristiana, esto tenderá a mostrarse en otras partes del sistema. Espero proporcionar un vistazo de esa unidad a través de este muy breve resumen.

La revelación

Dios se revela a sí mismo en alguna forma a todos los seres humanos. El conocimiento de Dios como el Creador y el Legislador moral de todo está disponible para todos a través de la creación y la conciencia (Romanos 1:19-20). Dios también se revela al hombre a través de la comunicación verbal directa (Génesis 1:29-30; 2:16-17). No obstante, debido a que el pecado ha cegado espiritualmente a la raza humana (Romanos 1:18, 21-23; 3:10-18), ahora necesitamos decisivamente la comunicación verbal de Dios.

Esta redentora palabra revelada de Dios ha venido en diversos tiempos y lugares por medio de los profetas (Hebreos 1:1) y ha llegado a su clímax en la venida de su Hijo, Jesucristo (Hebreos 1:2), quien es la Palabra encarnada (Juan 1:1, 14). Tanto antes como después del advenimiento de Cristo, la palabra de Dios fue puesta en forma escrita bajo la guía del Espíritu Santo (2 Timoteo 3:16; 2 Pedro 1:20-21). Las Escrituras resultantes revelan todo el conocimiento que se necesita para la salvación y el recto vivir (2 Timoteo 3:15-17). Las Escrituras son absolutamente verdaderas y sin error (Mateo 5:17-18; Juan 10:35).

A través de los apóstoles y profetas cristianos de la primera generación de la iglesia, Cristo estableció un fundamento para el ministerio continuo de la iglesia como un cuerpo unido de judíos y gentiles (Efesios 2:20; 3:5-6; 4:11-16). Las enseñanzas de los profetas del

Antiguo Testamento y de los apóstoles del Nuevo Testamento, preservadas para nosotros confiablemente solo en la Escritura, han de ser el estándar por el cual juzgamos todas las controversias doctrinales después de la desaparición de los apóstoles (2 Pedro 1:19-21; 3:1-2; Judas 17).

Por tanto, no han de esperarse nuevas revelaciones doctrinales, comparables a aquellas dadas a los profetas y los apóstoles y registradas en la Escritura, entre la desaparición de los apóstoles y el retorno de Cristo (cf. también Hebreos 2:2-4). A través de la voz viviente de Dios el Espíritu Santo en la Escritura, el mismo Espíritu que mora en todos los cristianos, Dios continúa revelándose a sí mismo a nosotros (Efesios 1:13-14, 17-18). Algún día conoceremos a Dios tan perfectamente como es posible que las criaturas lo conozcan (1 Corintios 13:12).

Note que ya hemos tenido que hablar acerca de la naturaleza de Dios, acerca de la creación, el hombre, el pecado, Cristo, el Espíritu, la salvación, la iglesia y el futuro. Una comprensión adecuada de la revelación y la Escritura no puede obtenerse sin una comprensión adecuada de otros aspectos de la doctrina cristiana.

La importancia de una comprensión sana de la revelación es difícil de exagerar. Si vamos en busca de la verdad de Dios y su voluntad para nosotros en los lugares equivocados o poco confiables, es probable que no encontremos la verdad. O si buscamos en el lugar correcto – la Biblia – pero de una manera incorrecta (negando o minimizando nuestra necesidad de salvación del pecado, o negando la confiabilidad de la Biblia), es poco probable que alcancemos la verdad. Más allá del tema de la salvación personal, una comprensión apropiada de la revelación es un fundamento indispensable para la vida cristiana en todos los aspectos, desde la oración, pasando por el evangelismo y hasta el discernimiento.

Dios

Hay un único Dios verdadero, que se revela a sí mismo en el Antiguo Testamento por el nombre *Yavé* o *Jehová* (en muchas Biblias traducido como el SEÑOR; Deuteronomio 6:4; Isaías 43:10; 45:5-7; 1 Corintios 8:4-6; 1 Timoteo 2:5; Santiago 2:19). Él es un ser totalmente único – nadie ni nada es completamente como él (1 Reyes 8:23; Isaías 40:18, 25; Jeremías 10:6-7). Como tal, él está más allá de nuestra comprensión, aunque podemos conocerlo a través de su auto-revelación (Mateo 11:25-27; Juan 1:18; 1 Corintios 8:2-3).

Dios es un espíritu existente por sí mismo, completamente diferente de todas las cosas creadas (Isaías 40:22; 43:10; Juan 4:24; Hechos 17:24). Al mismo tiempo, él está en todas partes y está íntimamente involucrado con su creación (Salmos 139:7-10; Jeremías 23:23-24; Hechos 17:27-28). Él es eterno e inmutable (Salmos 90:2, 4; 102:26-27; Malaquías 3:6; Efesios 3:21; Santiago 1:17; 2 Pedro 3:8). Dios es todopoderoso – nada es demasiado difícil para él (Génesis 18:14; Jeremías 32:17, 27; Mateo 3:9) y para él todas las cosas son posibles (Job 42:2; Salmos 115:3; Mateo 19:26; Lucas 1:37; Efesios 1:11). Él conoce todas las cosas (1 Samuel 16:7; 1 Crónicas 28:9, 17; Job 37:16; Salmos 139:1-4; Isaías 41:22-23; 42:9). Él es un ser personal (Éxodo 3:14; Hebreos 1:1-2).

Dios es moralmente perfecto en todo sentido. Es absolutamente bueno (Génesis 1:31; Deuteronomio 8:16; Salmos 107:8; 118:1; Marcos 10:18; Romanos 8:28), santo (Levítico 19:2; Salmos 5:4-6; 99:5; Isaías 6:3; Habacuc 1:12-13; 1 Pedro 1:14-19), justo (Isaías 45:21; Sofonías 3:5; Romanos 8:26), y verdadero (Juan 17:17; Tito 1:2; Hebreos 6:18). Su amor es perfecto (Deuteronomio 7:7-8; Jeremías 31:3; Juan 3:16; Hebreos 12:6; 1 Juan 4:7-8). Al

mismo tiempo, él es justo al ejecutar juicio contra quienes lo rechazan (Salmos 103:8-9; Romanos 2:5; 11:22; Hebreos 10:31).

Fue este Dios incomparable e incomprensible, pero conocible, quien creó el mundo y a nosotros (Génesis 1:1; Salmos 33:6; 102:25; Isaías 44:24; Juan 1:3; Romanos 11:36; Hebreos 1:2; 11:3). No solamente es nuestro Creador, sino también nuestro Salvador (Isaías 43:11; 45:21-22; 1 Timoteo 4:10) y el Juez de toda la humanidad (Génesis 18:25; Hebreos 12:23; Santiago 4:12).

En la venida de Jesucristo al mundo (Juan 1:14-18) y luego en la venida del Espíritu Santo para empoderar a la iglesia (Juan 14-16), Dios se revela como existente en tres distintas personas: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Mateo 28:19; Romanos 8:9-11; 1 Corintios 12:4-6; 2 Corintios 13:14; Efesios 2:18; 4:4-6; 1 Pedro 1:2). El Padre es Dios (Juan 17:3; 1 Corintios 8:6; 2 Corintios 1:3); el Hijo, Jesucristo, es Dios (Isaías 9:6; Juan 1:1; 20:28; Tito 2:13; Hebreos 1:8; 2 Pedro 1:1; 1 Juan 5:20); y el Espíritu Santo es Dios (Hechos 5:3-4; 2 Corintios 3:17-18). Estos tres, si bien son un Dios, son personalmente diferentes uno de otro (Mateo 11:27; 28:19; Juan 3:16-17; 5:31-32; 8:16-18; 14:15-16; 15:26; 16:7, 13-14; 17:23-26; Romanos 8:26-27; 2 Juan 3).

Una vez más, la interconexión de toda la doctrina cristiana puede ser vista cuando el foco está en la doctrina de Dios. Lo que pensamos acerca de Dios está obviamente conectado con lo que pensamos acerca de la revelación, de Cristo y del Espíritu. Pero también hemos visto que nuestra comprensión de la creación, la salvación, la iglesia y el juicio final está vinculada con nuestra visión de Dios.

El corazón y la esencia de la doctrina cristiana es lo que dice acerca de Dios, lo que dice acerca del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Si nuestro Dios es demasiado pequeño – si concebimos a Dios como menos que absolutamente perfecto, como deficiente en conocimiento, poder, presencia o excelencia moral – entonces no tendremos una implícita confianza absoluta en él. Si pensamos que el Hijo o el Espíritu Santo como menos que Dios, no les daremos el debido honor como plena y verdaderamente Dios. Nada podría ser más importante que lo que pensamos acerca de Dios.

Cristo

El cristianismo se trata totalmente de Jesucristo. Todo el Antiguo Testamento apuntaba hacia él (Lucas 24:25-27, 44). Todo el Nuevo Testamento es el “comentario” inspirado por Dios de su revelación suprema en la historia, su Hijo (Hebreos 1:1-2). Así, la Biblia toda se centra en Jesucristo y lo que él ha hecho para nuestra salvación.

Jesucristo es el único Hijo de Dios, quien vino a este mundo como un ser humano para revelar al Padre y reconciliarnos con él (Juan 1:14-18; 3:16; Romanos 5:1-11). Él es el Dios eterno (Juan 1:1) y el Creador (Juan 1:3; Colosenses 1:16; Hebreos 1:10). No obstante, por causa de nosotros y para la gloria del Padre él se humilló a sí mismo tomando una forma humana (Filipenses 2:6-8). Él es por consiguiente tanto divino como humano, tanto Dios como hombre. Fue concebido como un varón en el vientre de María por medio del poder del Espíritu Santo (Mateo 1:18-25; Lucas 1:35). Vivió una vida sin pecado, aunque estuvo sometido a toda la gama de tentaciones humanas (Juan 5:19; Hebreos 2:18; 4:15). Él murió una muerte real y angustiosa en la cruz y resucitó corporalmente de la tumba (Romanos 5:6-10; 1 Corintios 15:3-4). Él ascendió al cielo, reteniendo su forma humana glorificada, y retornará como tal para juzgar a toda la humanidad (Hechos 1:9-11; 10:42; 17:31; Colosenses 2:9; 1 Timoteo 2:5). Él envió al Espíritu Santo para formar y empoderar a la iglesia (Juan 14-

16; Hechos 1:8). Merece el mismo honor, amor, fe y adoración que Dios (Mateo 10:37; Juan 5:23; 14:1; Hebreos 1:6).

A esta altura no hace falta comentar la forma en que todas las doctrinas cristianas se conectan con la doctrina de Cristo. Aquellos que preguntan por qué no podemos simplemente “creer en Jesús” sin molestarnos acerca de doctrinas obviamente han pasado por alto algo. Lo que pensemos sobre Dios, el hombre, el Espíritu, la salvación y el futuro afectará lo que pensemos acerca de Cristo.

Del mismo modo, la importancia de estas verdades doctrinales acerca de Cristo es que expresan lo que realmente significa Cristo para el cristiano. No somos capaces de comprender cómo Cristo puede ser tanto Dios como hombre, pero podemos entender que hay una gran diferencia si lo creemos o no. Si pensamos de él como menos que Dios, no le responderemos con el amor, honor y confianza incondicionales que él rectamente exige. Si negamos su humanidad, efectivamente negamos que él hiciera ninguna de las cosas que la Biblia dice que hizo para nuestra salvación – especialmente morir una real muerte humana por nuestros pecados.

La salvación

La raza humana tiene una desesperante necesidad de salvación. El enemigo del cual necesitamos ser salvados somos nosotros mismos. Toda la humanidad está caída en el pecado con nuestro primer padre, Adán (Génesis 2:16-17; 3:1-24; Romanos 5:12-21; 1 Corintios 15:22). El resultado es que todos somos pecadores, esclavizados por el pecado; ninguno de nosotros es bueno (Romanos 3:9-23; 7:14-15, 18). Como tales, estamos espiritualmente muertos y no merecemos nada sino la justa ira de Dios (Romanos 6:23; Efesios 2:1-3). Esto se debe a que la norma por la cual somos juzgados es nada menos que la santidad absoluta, el carácter moral perfecto de Dios (Levítico 19:2). Lo que es cierto de nosotros individualmente también es cierto colectivamente. Las instituciones humanas, sean familias, escuelas, negocios, religiones, naciones, gobiernos, sociedades, civilizaciones, culturas – todas ellas, en sí y por sí mismas, están corrompidas por el pecado y permanecen bajo el juicio de Dios.

En tal condición, no hay nada que podamos hacer para contribuir a nuestra propia salvación. Los esclavos no pueden liberarse a sí mismos; los hombres muertos no pueden resucitarse a sí mismos. No es que queramos hacer el bien y se nos impida; es más bien que no estamos dispuestos a hacer lo justo (Romanos 8:6-8). La oscuridad de nuestras mentes es autoimpuesta (Romanos 1:21-22; Efesios 4:17-19). Tratar de ser buenos por nuestro propio poder, o seguir nuestra propia justicia, no es la respuesta (Romanos 9:30-10:3). Nuestros mejores esfuerzos se quedan desgraciadamente cortos (Isaías 64:6). Nuestros corazones son tan engañosos e impíos que constantemente subestimamos el poder del pecado (Jeremías 17:9).

En nuestra situación desesperada, Dios ha actuado decisivamente para salvarnos. Para nuestro conocimiento de los actos salvadores de Dios y su significación dependemos completamente de la revelación en la Escritura. Comenzando con Abraham, Dios ha llamado para sí un pueblo con el cual estableció su pacto y al cual le ofreció salvación individual y colectivamente (Génesis 12:1-3; 17:1-21; Éxodo 19:5-6). El sistema sacrificial y ceremonial del pacto que Dios hizo con Israel anticipaba y prefiguraba la muerte sacrificial de Jesús en la cruz, por nuestros pecados; este sistema ha sido por consiguiente dejado de lado por haber sido cumplido en Cristo (Hebreos 7:11-10:18). En el nuevo pacto, las exigencias morales de

la ley del Antiguo Testamento son cumplidas por la obediencia de Cristo, y los cristianos son empoderados por el Espíritu de Cristo que mora en ellos para obedecer de corazón esos estándares morales (Romanos 5:19-21; 8:1-11; 13:8-10; Hebreos 5:8-9; 1 Juan 3:4-10).

Por su muerte, Jesucristo ha provisto una base justa para que Dios nos perdone nuestros pecados y nos declare justos ante sus ojos (Romanos 3:25-26; 1 Juan 1:7, 9). Esta posición recta ante Dios es enteramente un don gratuito de Dios; no puede ser ganada, ameritada o merecida por nosotros de ninguna manera (Romanos 3:24; Efesios 2:8-9; Tito 3:4-7). Tampoco mantenemos esta posición recta por buenas obras; más bien, las buenas obras son el fruto de la salvación, realizadas en el contexto de una relación sostenida solamente por la gracia de Dios (Efesios 2:10; Tito 3:8). Dios salva a los individuos solamente llevándolos por su gracia a arrepentirse de sus pecados y poner su fe en Jesucristo (Juan 1:12; 3:16-18; Hechos 2:38; 17:30-31; Romanos 3:19-28; 4:1-8; 5:1-2; Gálatas 2:20). Así mismo, su progreso en vivir según la voluntad de Dios, su santificación, es lograda por el obrar de Dios por gracia a través de la fe de ellos (Romanos 1:17; Gálatas 5:6).

El llamado de Dios a la salvación es, al mismo tiempo, un llamado a llegar a ser miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia. El ingreso a la comunidad del pacto de creyentes en Jesucristo es por medio de la administración del bautismo en agua (Mateo 28:19; Hechos 2:38; 1 Corintios 12:13). Aunque la iglesia tiene un estatus único como la comunidad redentora, la salvación de Dios afecta a todas las instituciones humanas, especialmente a las familias (1 Corintios 7:14; Efesios 5:22-6:4), cuando quienes participan en ellas buscan obedecer a Cristo como Señor en sus actividades (Mateo 28:19-20; Colosenses 3:17).

Aunque la base de la salvación es la obra acabada de Cristo al morir y resucitar de entre los muertos, su realización plena y consumación son todavía futuras. Por la gracia de Dios, los creyentes perseverarán en la fe hasta el fin de sus vidas, y por medio de su fe recibirán a su tiempo la consumación de su salvación (1 Pedro 1:3-9). Las dimensiones colectivas de la salvación, aunque no completamente ausentes ahora, de la misma manera no recibirán su realización plena hasta el final de la historia (Apocalipsis 21-22).

La necesidad de la humanidad y la provisión de la salvación de Dios son las razones más fundamentales de la doctrina cristiana. Lo más importante de la doctrina es salvaguardar la integridad y la fidelidad a la verdad de la experiencia cristiana de la obra redentora de Dios. Como lo ilustra el resumen precedente, la doctrina de la salvación incorpora aspectos de todas las otras doctrinas cristianas. No podemos predicar fielmente las buenas noticias de la salvación a menos que, al mismo tiempo, seamos fieles a la enseñanza doctrinal completa de la Escritura acerca de Dios, Cristo, la iglesia y el futuro.

La iglesia

La iglesia es un pueblo formado por el único y verdadero Dios viviente en una relación salvífica con él a través de su Hijo, Jesucristo. Su estatuto y su norma es la revelación de Dios en la Escritura. Su propósito es amar, honrar, adorar y obedecer al Dios Trino y reflejar su carácter en sus acciones como pueblo. Su base para su existencia es la salvación lograda por Cristo y administrada o aplicada a ellos por el Espíritu Santo. Su futuro es la gloria eterna en la presencia de Dios.

La iglesia es clásicamente descrita en el Credo de los Apóstoles como una, santa, católica y apostólica. Como *una*, la iglesia es una unidad histórica y orgánica (1 Corintios 12:12-13; Efesios 2:14-16; 4:4-6, 13-16). Fue fundada por Cristo en el primer siglo y Cristo retornará por la misma iglesia en su segunda venida. La iglesia ha sufrido y continúa

sufriendo divisiones, apostasías, herejías y escándalos, y en algunos casos lo que eran verdaderas iglesias han dejado absolutamente de serlo (Hechos 20:28-30; Romanos 16:17; 1 Corintios 11:18-19; 2 Corintios 11:4, 13-15; Gálatas 1:6-8; 1 Timoteo 4:1; Tito 3:10-11; 1 Juan 2:19; Judas 17-19; Apocalipsis 2-3). Sin embargo, siempre habrá una verdadera iglesia adorando al Dios verdadero y guardando, aunque imperfectamente, la verdadera fe hasta el retorno de Cristo (Mateo 16:18; 28:18-20; Efesios 3:21; 4:11-16; Judas 4).

Esta iglesia es *santa*, entonces, no en el sentido de que sea perfecta, o siquiera admirable en carácter, sino en el sentido de que ha sido consagrada a Dios y es, por lo tanto, una institución única a través de la cual Dios está obrando para completar su propósito redentor en la historia. Como tal, los que se identifican a sí mismos como sus miembros individualmente tienen la promesa de todas las bendiciones espirituales en Cristo si creen (Efesios 1:3-14) y el más severo juicio de Dios si no creen (Hebreos 2:1-3; 4:1-2; 10:29-31).

La iglesia también se describe como *católica*. Como expliqué en el capítulo 6, la palabra griega *katholikos* significa “universal” y no se refiere específicamente a la Iglesia Católica Romana. La verdadera iglesia incluye la sociedad de todos los verdaderos creyentes en Jesucristo en todo el mundo y a través de la historia. Esto no es realmente más que otra forma de afirmar que la iglesia es una.

Aquí me gustaría ofrecer una observación que, estrictamente hablando, va más allá del tema de la doctrina ortodoxa. La doctrina de la catolicidad tiene doble filo. Por un lado, ya que la iglesia incluye a todas las iglesias cristianas, ninguna institución denominacional o asociación de iglesias hoy puede asegurar exclusivamente ser la única verdadera iglesia. Esta es una afirmación hecha tradicionalmente tanto por la Iglesia Católica Romana como por las Iglesias Ortodoxas Orientales. Aunque estas iglesias siempre han calificado su declaración para admitir la existencia de cristianos fuera de sus confines, la afirmación aún es discordante con un concepto bíblico de catolicidad. Por otra parte, las Iglesias Romana y Orientales tienen razón en su insistencia en que la unidad de la iglesia *debe* reflejarse institucionalmente. Los protestantes, en su celo por defender la integridad de sus iglesias, con frecuencia han tratado de negar esto. Las divisiones denominacionales son a menudo sintomáticas de pecado en la iglesia. Podemos discrepar acerca de dónde está la falla, pero debemos al menos admitir esto. Hacer a la congregación local completamente autónoma y romper con todas las denominaciones tampoco resuelve el problema; solamente resulta en que cada congregación se vuelve su propia denominación. Mi punto no es que mañana debemos abandonar todas las divisiones denominacionales, sino que debiéramos trabajar para superar divisiones innecesarias en la iglesia.

Finalmente, la iglesia es *apostólica*. Se ha sostenido que esto significa una de dos cosas. En la opinión de los católicos romanos, los ortodoxos orientales y los anglicanos (episcopales), significa que la iglesia fue establecida como una institución, con los apóstoles comisionando a obispos, quienes a su vez comisionaron a la siguiente generación de obispos, y así a través de los siglos. Desde esta perspectiva, solamente las iglesias que poseen obispos que pueden trazar su ordenación hasta los apóstoles son parte de la iglesia “apostólica”. Esta doctrina es comúnmente llamada sucesión apostólica, aunque, por supuesto, los obispos no son considerados apóstoles. En la opinión de los protestantes, la iglesia es apostólica si sostiene la doctrina de los apóstoles como ha sido preservada en la Escritura. Esto significa que las iglesias con obispos son apostólicas solamente si adhieren a la doctrina de los apóstoles (algunas no lo han hecho), mientras que las iglesias sin obispos son apostólicas si adhieren a la doctrina de los apóstoles (algunas lo hacen y otras no).

No es mi propósito aquí resolver este tema. Obviamente, la posición que he adoptado con respecto al significado de la catolicidad me compromete también al punto de vista protestante sobre la apostolicidad. Sin embargo, no veo la opinión sobre la sucesión apostólica como completamente errónea. De acuerdo con la doctrina de la unidad de la iglesia, estaría de acuerdo en que debe existir algún vínculo histórico entre las iglesias modernas y los apóstoles. Debe haber alguna continuidad por la cual la misma fe es transmitida de una generación a la siguiente. Cualquier iglesia o denominación específica debe ser capaz de mostrar que su fe tiene sus raíces en el desarrollo histórico desde los apóstoles hasta el presente. Uno puede (y debe, si es protestante) sostener que este desarrollo a veces ha necesitado reforma, enfrentamiento con las autoridades de la iglesia e incluso separación de aquellos segmentos de la iglesia que han abandonado la fe por el liberalismo u otras doctrinas apóstatas. Pero ningún grupo puede darle la espalda a la iglesia, abandonar la fe sostenida por la iglesia a lo largo de los siglos y buscar ser “apostólica” adoptando una novedosa reinterpretación de la enseñanza de los apóstoles en el Nuevo Testamento. Tales grupos no son apostólicos, porque ser apostólico significa no solamente sostener la doctrina apostólica sino también ser parte de la iglesia fundada por los apóstoles. Esta, como yo lo veo, es la verdad en la comprensión no protestante de la apostolicidad. La diferencia es que yo sostengo, junto con los protestantes en general, que esta apostolicidad histórica no ha de ser vinculada exclusivamente con una sucesión de obispos.

Como ilustra el tratamiento previo, la doctrina de la iglesia es un área de mucho mayor desacuerdo entre los cristianos que quizás cualquier otra. No obstante, su importancia para la ortodoxia y el discernimiento doctrinal es muy grande. Las opiniones erróneas sobre la iglesia pueden, en los peores casos, impedir la salvación de las personas. Algunos tienen a la iglesia por tan poco que se imaginan que pueden con seguridad abandonar la fe histórica de la iglesia y reinventar el cristianismo. Otros piensan tan elevadamente de la iglesia que imaginan que la mera membresía en sus filas o la participación en sus actividades los salvarán. Ambos errores son espiritualmente fatales. Errores menos extremos pueden no impedir que las personas se salven, pero pueden impedir que experimenten una vida cristiana plena y robusta, al separarlos de segmentos enteros de la iglesia.

El futuro

No se debe permitir que las diferencias entre cristianos ortodoxos concernientes al futuro, o “el fin de los tiempos”, de las que se habla mucho, oscurezcan los acuerdos sustanciales que existen en los aspectos básicos. La historia está siendo llevada por Dios hacia un tiempo de consumación, un tiempo cuando todos los propósitos de Dios al crear y redimir a la raza humana serán cumplidos (Apocalipsis 21-22). Cuando se alcance este objetivo, la comprensión parcial que tenemos de la revelación que Dios hace de sí mismo en el Cristo histórico encarnado y en la Escritura dará lugar a una comprensión plena y perfecta (para las criaturas) cuando estemos cara a cara con Dios en Cristo (1 Corintios 13:9-12; 1 Juan 3:1-2).

Cuando se alcance esa consumación, el gobierno de Dios sobre toda la creación será indisputado. Todas las criaturas que disfrutaban el mundo de Dios conocerán, amarán y obedecerán a Dios perfecta y gozosamente (Isaías 11:9; Zacarías 14:9; Marcos 12:28-34; Efesios 1:11). El carácter de Dios estará perfectamente reflejado en los seres humanos, individual y colectivamente (Efesios 4:24; Colosenses 3:10). La nueva raza humana, redimida y perfeccionada, será conformada perfectamente a la imagen de Jesucristo

(Romanos 8:29; 1 Corintios 15:48-49; Filipenses 3:21). Su salvación, lograda con certeza por Cristo en su muerte y resurrección, y asegurada para ellos individualmente por el sello del Espíritu Santo que mora en ellos, será llevada a la consumación en la redención de sus cuerpos y la glorificación de sus seres completos con vida inmortal, celestial, empoderada por el Espíritu (Romanos 8:18-30; 1 Corintios 15:42-54; 2 Corintios 5:1-5; Efesios 1:13-14; Colosenses 3:1-4). El resultado será una sociedad gloriosa de criaturas perfectas, aptas para la vida en los nuevos cielos y la nueva tierra, en la cual solamente morará la justicia (2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1).

El ingreso a esta gloriosa eternidad no está garantizado para todos. Tanto los ángeles caídos como todos los seres humanos (excepto Jesucristo) merecen un castigo eterno, y aquéllos a quienes Dios no salve por medio de Jesucristo sufrirán tal castigo eterno (Mateo 25:46; 2 Tesalonicenses 1:7-9; Apocalipsis 20:10-15).

Lo que ocurrirá entre ahora y la consumación es la mayor controversia entre los cristianos. Lo que sabemos es que no sabemos el tiempo del retorno de Cristo, porque no nos ha sido revelado (Marcos 13:32; Hechos 1:7). Vendrá sobre todos repentinamente y sin advertencia. Tomará por sorpresa a los incrédulos porque ellos no esperan en absoluto que vuelva, mientras que traerá gozo y alivio a los creyentes que no sabían cuándo volvería pero estaban fielmente haciendo su voluntad, sabiendo que él retornaría (Mateo 24:36-51; 1 Tesalonicenses 5:1-11).

El significado del milenio (Apocalipsis 20:1-6) es fervientemente debatido por los cristianos ortodoxos. Pero todos concordamos en que se refiere a un período – sea presente o futuro, antes de la segunda venida de Cristo o después de ella – que precede a la consumación final. Es, por lo tanto, un recordatorio para nosotros que el gobierno de Cristo en los corazones humanos y las instituciones humanas nunca puede ser completo hasta que el pecado sea completamente quitado por el juicio final de Cristo, trayendo castigo eterno a los incrédulos y examinando las obras de los creyentes en preparación para su vida eterna en el nuevo mundo de Dios (Romanos 14:10-12; 1 Corintios 3:12-15; 2 Corintios 5:10).

El significado y la importancia de la doctrina de los propósitos de Dios para el futuro no debieran pasarse por alto. No sabemos exactamente cómo serán las cosas en el estado eterno que Dios ha planeado para nosotros (1 Juan 3:2). Pero no somos completamente ignorantes acerca de hacia dónde estamos yendo. Si discrepamos radicalmente acerca de hacia dónde estamos yendo, no vamos a concordar acerca de cómo llegar allí. La doctrina bíblica del futuro deja claro una vez más que la salvación es una obra de la gracia de Dios en Jesucristo. Somos totalmente incapaces de producir la consumación. No obstante, por la gracia de Dios él obra a través de nosotros para mover la historia más cerca de ese objetivo (2 Pedro 3:11-12). El estudio de la sana doctrina es un medio por el cual podemos crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, a quien le damos ahora la gloria, como lo haremos en la eternidad (2 Pedro 3:18). Y ese es el punto central de la sana doctrina.

11

¿Quién debería juzgar?

¿Cómo deberá llevarse a cabo en la práctica la identificación de la herejía? Específicamente, ¿quiénes participarán en el proceso de identificar la herejía y responder a ella? ¿Y de qué forma participarán? Aquí deseo simplemente dar algunas breves sugerencias como lineamientos que me parecen estar de acuerdo con la enseñanza de la Escritura.

Ya he argumentado en los capítulos 3 y 4 que la iglesia cristiana en su conjunto es responsable por ejercer discernimiento o juicio concerniente a enseñanzas heréticas, y que tal juicio no debería dejarse solamente en las manos de líderes religiosos de confianza, sin importar quiénes sean. Aquí quiero precisar algo más este punto.

En definitiva, solamente Dios puede juzgar los corazones humanos, ya que solamente él conoce perfectamente lo que las personas están pensando y sintiendo. Ni siquiera nosotros conocemos perfectamente nuestros propios corazones (Jeremías 17:9-10). Por lo tanto, cuando hablamos acerca de juzgar la herejía, no estamos afirmando conocer los corazones de quienes la abrazan. No nos estamos situando como árbitros de su futuro eterno, decidiendo quién será salvo y quién no.

Lo que la iglesia es llamada a juzgar es si debiera permitirse que ciertas enseñanzas sean propagadas en su seno, si debieran tolerarse ciertas prácticas, y si se debiera permitir a ciertos individuos que abrazan enseñanzas heréticas permanecer en la comunidad de la fe. Esta clase de juicio ha de ser ejercido por toda la iglesia, aunque algunas personas en ella tengan un papel más directo que otras en el proceso.

En el Nuevo Testamento hay mandamientos dirigidos a todos los cristianos para que ejerzan el discernimiento (1 Corintios 5:9-13; 14:29; 1 Juan 4:1). No obstante, algunos cristianos tienen un mayor don de discernimiento o son más diestros que otros. Dios les da a algunos cristianos dones especiales de discernimiento en lo concerniente a los espíritus (1 Corintios 12:10). Dios les da a algunos cristianos dones que los capacitan para ser maestros (Romanos 12:6-7; 1 Corintios 12:28-29; Efesios 4:11; Santiago 3:1). Dios también ha llamado a algunos cristianos a estar en posiciones de liderazgo en la iglesia – tales como pastores, ancianos, supervisores, diáconos – y ellos tendrán claramente un rol más central en ejecutar el juicio de la iglesia en lo concerniente a la herejía (Hechos 20:28; Filipenses 1:1; Efesios 4:11; 1 Timoteo 3:1-13; Tito 1:5-9; Hebreos 13:17; 1 Pedro 5:1-3). Por esta razón, tales líderes cristianos deberían informarse y consultar con maestros cristianos dotados para

asegurarse que en la congregación se ejerce un discernimiento maduro. Y los líderes y maestros deben trabajar juntos para instruir al cuerpo de la iglesia en su conjunto en la sana doctrina y en la práctica del discernimiento, de modo que todo el cuerpo sea unánime en su discernimiento.

El papel de los cuerpos eclesiásticos

Aunque todos los cristianos son llamados a ejercer discernimiento y a asumir la responsabilidad por la doctrina que creen y transmiten a otros, no todos los cristianos son llamados a disciplinar a los falsos maestros. Esta es la exclusiva responsabilidad de los cuerpos eclesiásticos. Por “cuerpos eclesiásticos” quiero decir organizaciones eclesiásticas de cualquier clase, incluyendo tanto denominaciones como congregaciones independientes. Todas las iglesias tienen (o al menos, deberían tener) alguna estructura o procedimiento para tratar con los falsos maestros. Habitualmente, comienza a nivel de la congregación. Una congregación individual puede tener un problema con un maestro de la iglesia que está abrazando una falsa doctrina. Esa congregación es responsable de impedir que el falso maestro continúe enseñando allí. En muchos casos, se eleva el tema a un nivel superior de autoridad eclesiástica, ya sea que se trate de un obispo, un supervisor o algo similar.

No estoy preocupado aquí con la estructura eclesiástica en la cual se resuelven estos temas. Las diferentes denominaciones utilizan diversas estructuras, y a pesar de que unas pueden ser mejores que otras, todos los cuerpos eclesiásticos son responsables de ejercer la disciplina en temas doctrinales. Y este es el punto que deseo destacar aquí. Cada cuerpo eclesiástico es responsable de mantener la fidelidad doctrinal a la ortodoxia. Además, solamente los cuerpos eclesiásticos pueden excomulgar a los herejes. Todos los cristianos son llamados a ejercer discernimiento, pero solamente los cuerpos eclesiásticos son llamados a ejercer la disciplina en la iglesia.

El papel de los ministerios para-eclesiásticos

Si solamente los cuerpos eclesiásticos pueden ejercer la disciplina en la iglesia, entonces ¿qué papel deberían tener los ministerios para-eclesiásticos? Esta es hoy una pregunta especialmente importante para hacer, ya que existen ahora cientos de ministerios para-eclesiásticos de discernimiento y contra las sectas en todo el mundo, que critican públicamente a falsos maestros dentro de la iglesia cristiana institucional y fuera de ella. ¿Hay algún lugar para tales ministerios?

La respuesta es sí, hay un lugar para tales ministerios, pero es un lugar limitado. Los ministerios para-eclesiásticos de discernimiento pueden existir legítimamente para *instruir a los cristianos* y para *aconsejar a los cuerpos eclesiásticos*. Recuerde que todos los cristianos tienen la responsabilidad de ejercer el discernimiento, pero solamente los cuerpos eclesiásticos tienen la responsabilidad de ejercer la disciplina. Los ministerios para-eclesiásticos pueden servir a todos los cristianos educándolos en el discernimiento doctrinal. Pueden enseñarles la sana doctrina, advertirles sobre la falsa doctrina, y proporcionar información acerca de organizaciones, maestros y publicaciones que promueven falsa doctrina. Lo que los cristianos como individuos hagan con tal instrucción e información, sin embargo, no les corresponde decidir a los ministerios para-eclesiásticos. Pueden instruir pero no dar órdenes.

¿QUIÉN DEBERÍA JUZGAR?

De igual modo, los ministerios para-eclesiásticos pueden servir a los cuerpos eclesiásticos aconsejándolos en su responsabilidad por la disciplina en la iglesia. Pueden proporcionar información, ofrecer lineamientos y una visión aguda, e incluso asistir a los cuerpos eclesiásticos en su investigación de controversias doctrinales. Lo que los cuerpos eclesiásticos concluyan y lo que hagan, sin embargo, no les corresponde decidir a los ministerios para-eclesiásticos. Pueden aconsejar pero no ordenar.

Los ministerios para-eclesiásticos, entonces, no son árbitros oficiales de la ortodoxia y la herejía. Son libres de expresar sus evaluaciones y juicios públicamente tras seguir procedimientos apropiados, pero estas evaluaciones y juicios no son vinculantes desde una perspectiva eclesiástica. Por supuesto, si esos juicios son verdaderos, entonces las iglesias debieran adherirse a ellos – pero no porque lo diga alguna organización para-eclesiástica.

Con estas limitaciones, los ministerios de discernimiento para-eclesiásticos pueden servir al cuerpo de Cristo de formas invaluable. Debido a que tienden a ser altamente especializados, pueden proporcionar una guía experta para la comprensión de preguntas a veces difíciles. Los ministerios para-eclesiásticos son capaces de alcanzar a muchas personas que no han sido efectivamente alcanzadas por el evangelismo eclesiástico tradicional. Debido a que no están oficialmente vinculados con una denominación o iglesia, los ministerios para-eclesiásticos a menudo pueden proveer una mayor objetividad a las controversias doctrinales dentro de un cuerpo eclesiástico particular. Por estas y otras razones, los ministerios para-eclesiásticos que se especializan en el discernimiento doctrinal pueden ser, y son, de inmensa importancia.

12

Los “diez mandamientos del discernimiento”

Finalmente, llegamos al “meollo” del discernimiento. ¿Qué deberíamos hacer exactamente para ejercer un discernimiento doctrinal sano? ¿Cómo deberíamos proceder para llegar a ser más maduros y diestros en el discernimiento? Los siguientes “diez mandamientos” no son exhaustivos, pero son particularmente cruciales.

(1) *Aprenda a ejercer discernimiento mientras crece en la fe, el amor y la santidad como cristiano.* Me gustaría suponer que esto es obvio para todos, pero merece enfatizarse y ponerse primero en la lista. La vida cristiana no es un juego intelectual en el cual el objetivo es probar que usted tiene razón y lograr descubrir a todos los que están equivocados. Discernir entre la enseñanza ortodoxa y la enseñanza herética es solamente un aspecto de la vida cristiana, aunque es un aspecto importante. Además, el discernimiento doctrinal mismo debiera incluir la oración, la comunión con otros cristianos, el servicio a otros cristianos y a los perdidos, y el estudio doctrinal. Si se me permite decirlo, ¡estoy predicando aquí para mí mismo tanto como para cualquier otro! Aquellos de nosotros cuyos ministerios incluyen trabajo regular en el área del discernimiento doctrinal podemos ser más propensos a olvidar esto que otros cristianos.

Por otra parte, permítame enfatizar también la palabra *crece* en la afirmación anterior. No hay ningún estándar mínimo de logro espiritual que deba alcanzarse antes de que uno pueda comenzar a ejercitar el discernimiento. Más bien, el ejercicio del discernimiento es una función de la vida cristiana en la cual todos los creyentes debieran estar creciendo a lo largo de su experiencia cristiana.

(2) *Desarrolle un completo y sano dominio de la Escritura.* Al igual que otros factores, cuanto mejor uno entienda la Biblia, más capaz será de discernir entre la verdad y el error. No todo cristiano puede ser un erudito bíblico, pero virtualmente todo cristiano puede estudiar la Biblia en profundidad y adquirir una comprensión profunda de sus enseñanzas.

Hay varias formas en las cuales uno puede estudiar la Biblia, y todas ellas son importantes. Lea la misma Biblia – lea libros enteros de la Biblia y lea toda la Biblia (aunque no necesariamente en ningún orden particular). Memorice porciones de la Escritura. Estudie la Biblia por tópicos, escudriñando la Escritura y leyendo lo que dice sobre asuntos particulares (ver Hechos 17:11). Use auxiliares para el estudio, textos de teología y cosas

similares (aunque se requerirá discernimiento para escoger y usar tales obras). Estudie la Biblia por usted mismo y en grupos. Encuentre maestros competentes y aprenda todo lo que pueda de ellos. El punto es emplear todo recurso posible para incrementar su comprensión de la Escritura.

(3) *Aprenda a pensar en una forma lógica y sensible.* La lógica y la sensibilidad les suenan a algunas personas como cosas opuestas, pero no lo son. Pensar lógicamente significa pensar de manera tal que se evite extraer conclusiones falsas de premisas verdaderas. Es posible tener todos los hechos y arribar a una conclusión falsa, si la forma en la que interpreta esos hechos es defectuosa.

Desafortunadamente, algunas personas celosas por el pensamiento lógico a veces aplican el análisis lógico de manera insensible. No quiero decir con esto que sean groseras o crueles (esto puede ser el caso o no serlo). Más bien, quiero decir que extraen conclusiones aparentemente lógicas sin una apreciación plena de los matices de la situación. Su pensamiento es lógico de una forma descuidada e inmadura. El resultado habitual es que los errores de un maestro religioso particular, o grupo, son exagerados o incluso identificados erróneamente.

En síntesis, el pensamiento que carece de sensibilidad, como estoy usando este término, es un pensamiento que es en realidad ilógico. Se extrae una conclusión sin considerar todos los hechos – un error lógico habitualmente llamado *generalización precipitada*. O se extrae una conclusión acerca de las creencias de alguien sin una apreciación plena de las formas distintivas en que la persona usa la terminología. Cometer este error en lógica se denomina *equivoco* – extraer una conclusión de premisas que usan la misma palabra pero en dos sentidos diferentes.

El razonamiento defectuoso es hoy un problema grave en el campo del discernimiento doctrinal. Todos necesitamos refinar y mejorar nuestra capacidad de razonamiento al grado más pleno que podamos cuando buscamos ejercer el discernimiento en temas doctrinales.

(4) *Estudie la doctrina cristiana en una variedad de tradiciones dentro del cristianismo ortodoxo.* A medida que usted tenga bastante claro lo esencial de la fe, usted debería buscar familiarizarse con algunas de las diferentes perspectivas sobre la doctrina cristiana dentro de la familia de la fe. Tendrá que familiarizarse con las diferentes opiniones sostenidas por los cristianos en temas controvertidos de doctrina tales como el bautismo, el milenio, los dones espirituales, la predestinación y otros similares. Comprender las diferentes perspectivas sostenidas por los cristianos ortodoxos en estos temas doctrinales lo capacitará para apreciar mejor la diferencia entre los aspectos esenciales y no esenciales de la fe, así como también alcanzar una posición más madura y bíblica acerca de los mismos.

(5) *Estudie tanta información relevante como sea posible acerca de una enseñanza o un grupo religioso cuestionable antes de emitir cualquier juicio.* La Escritura dice: “El que responde antes de escuchar, cosecha necedad y vergüenza” (Proverbios 18:13). Es un pecado que los cristianos juzguen las creencias de alguien como heréticas sobre la base de información inadecuada.

Hay una variedad de estrategias que usted puede usar para obtener información acerca de un grupo. Puede averiguar sus afiliaciones religiosas – la denominación o religión de un maestro o grupo – aunque en algunos casos, ciertas organizaciones o personas pueden negar sus afiliaciones religiosas controvertidas. Puede solicitar información acerca de su historia o sus líderes, ya que a veces esto es esclarecedor. Puede consultar obras estándares de referencia, diccionarios o enciclopedias que enumeren grupos y organizaciones religiosos y

describen sus creencias. En la mayoría de los casos, excepto con grupos muy nuevos o pequeños, estas estrategias le darán información adecuada.

(6) Base su comprensión de una doctrina cuestionable en lo que dicen acerca de ella los mismos que la abrazan, pero no suponga que el uso de lenguaje ortodoxo garantiza creencias ortodoxas. Del mismo modo en que no queremos que alguien nos etiquete como heréticos o nos acuse de otras maldades (Mateo 5:11) sobre la base de lo que otros dicen de nosotros, tampoco nosotros debíamos criticar las opiniones de otros sin estar seguros de que los hemos escuchado por nosotros mismos (Mateo 7:12). Esto no significa que cada cristiano deba personalmente leer la literatura primaria de un grupo herético antes de concluir que de hecho lo es. Más bien, una crítica cristiana de un grupo supuestamente herético debiera considerarse menos que adecuada en la medida en que las acusaciones no sean respaldadas con citas exactas de los líderes autoritativos del grupo.

En casos cuestionables, donde no se ha realizado aún una evaluación o análisis cristiano adecuado, es muy importante obtener información de las fuentes primarias acerca de la doctrina del grupo. Una aproximación que es a menudo útil es solicitar una declaración doctrinal. Sin embargo, tenga en mente las siguientes dos observaciones: Primero, algunos grupos que carecen de una declaración doctrinal son de todos modos ortodoxos. Segundo, las declaraciones doctrinales de grupos heréticos a menudo se mantienen con una apariencia lo más ortodoxa posible para evitar críticas. Otras publicaciones pueden ser más reveladoras de la verdadera naturaleza del grupo.

De hecho, es una marca de grupos no ortodoxos y aberrantes que a menudo no sean directos y honestos acerca de la verdadera naturaleza de sus creencias. Con frecuencia usarán lenguaje bíblico y sonarán muy evangélicos para evitar la crítica. Esto es exactamente lo que nos advierte el Nuevo Testamento que harán algunos falsos maestros (por ejemplo, 2 Corintios 11:4).

En el caso de grupos que son deshonestos acerca de sus verdaderas creencias, reúna tanta información como sea posible acerca de sus creencias y compare lo que le dicen *al público* con lo que se dicen *entre sí*. Esto puede requerir asistir a sus reuniones y hacer preguntas sin parecer crítico (ver Mateo 10:16), u obtener literatura de uso interno, normalmente disponible solamente para los miembros. Generalmente, tales investigaciones debieran ser llevadas a cabo por aquellos con alguna experiencia y entrenamiento en el discernimiento doctrinal, como quienes participan en ministerios de discernimiento. En algunos casos, los ex-miembros pueden ser la mejor fuente de tal información y materiales.

(7) Trate la información provista por ex-miembros tanto con respeto como con la debida cautela. Todo grupo herético termina tarde o temprano generando ex-miembros en mayores o menores cantidades, y estas personas pueden ser recursos invaluableles. A menudo, su contribución más importante es su acceso a publicaciones y grabaciones que no están disponibles para el público en general. Sus testimonios personales también pueden ser muy informativos y útiles.

Una de las marcas de un grupo herético o aberrante es que sus ex-miembros son todos descalificados como personas resentidas, envidiosas o inmorales con propósitos inconfesables. Por supuesto, esto puede ser cierto de algunos ex-miembros. No obstante, si un grupo religioso pierde un gran número de personas, y estos ex-miembros relatan consistentemente la misma historia, su testimonio debe considerarse creíble. Si un ex-miembro puede respaldar su historia con documentación o un testimonio corroborativo de otros ex-miembros, eso servirá para reforzar el testimonio de esa persona.

Ocasionalmente, ciertos individuos se presentarán como ex-miembros de un grupo y contarán historias sensacionalistas acerca de su participación. En tales casos debe ejercerse gran cautela, ya que crecientemente hay ejemplos de personas haciendo esto, que o bien nunca fueron parte del grupo en cuestión, o nunca participaron con la profundidad que declaran. No siempre queda claro si tales individuos perpetran tales engaños por interés pecuniario, atención de los medios, antagonismo personal contra el grupo, o por razones más sutiles. En todo caso, es importante que las acusaciones sensacionalistas contra un grupo no sean aceptadas sobre la base del testimonio de una o dos personas en ausencia de evidencia que las corrobore.

(8) *En casos inciertos o dudosos, otorgue el beneficio de la duda a la persona o grupo en cuestión.* Aquí se aplica el principio de “se presume inocente”. Algunos cristianos involucrados en ministerios de discernimiento levantan “banderas rojas” o, para cambiar la metáfora, “gritan ¡lobo!” siempre que haya la más leve sospecha de una posible herejía. Tal práctica origina reproches hacia los ministerios de discernimiento y dividen a los cristianos.

(9) *Comience con los temas fundamentales.* Al investigar la ortodoxia de un grupo religioso, se puede ahorrar mucho tiempo y energía, y prevenir errores, haciendo preguntas fundamentales sobre la actitud del grupo hacia la Biblia y la autoridad religiosa. ¿Consideran la Biblia como la Palabra de Dios absolutamente infalible e inerrante? ¿Consideran la Biblia como la autoridad final en asuntos religiosos, o ven otra cosa (sus líderes, un profeta moderno, otro libro, etc.) como una autoridad indispensable por la cual la Biblia es interpretada? Si sus respuestas a estas preguntas son satisfactorias, entonces en la mayoría de los casos serán ortodoxos; si no, habitualmente serán heréticos. Tenga en mente que algunos grupos heréticos profesan completa confianza en la Biblia y parecen no tener otras autoridades doctrinales. Por lo tanto, este lineamiento debe ser visto solamente como una regla general.

(10) *Consulte con ministerios de discernimiento y enseñanza teológica de buena reputación, que honren los principios bíblicos de discernimiento.* Ningún ser humano es infalible, ni tampoco lo es ninguna organización, incluyendo los ministerios cristianos de discernimiento. No obstante, si usted concuerda en que los principios tratados en este libro son bíblicos, entonces debiera consultar ministerios de discernimiento que buscan basar su trabajo en esos principios (recuerde lo que se dijo en el capítulo anterior acerca de tales ministerios para-eclesiásticos de discernimiento). Vea la página sobre “Ministerios de discernimiento doctrinal y enseñanza” al final de este libro para información sobre cómo contactar tales organizaciones.

El desafío del discernimiento

En conclusión, me gustaría hacer un desafío a quienes están de acuerdo en que es necesario un discernimiento doctrinal del tipo que se discute en este libro. Comience por hacer algo para contribuir a la continua tarea del discernimiento. Aliente a los líderes de su iglesia para que enseñen y prediquen sobre el discernimiento doctrinal. Apoye uno o más ministerios de discernimiento basados en la Biblia, especialmente cualquiera que pueda existir en su localidad. Si usted es un padre o una madre, enseñe sana doctrina a sus hijos. Ore por maestros y predicadores cristianos sanos y ore por que las doctrinas heréticas y aberrantes pierdan su atractivo. Todo cristiano puede y debe hacer algo para contribuir al discernimiento de la sana doctrina en la iglesia.

Apéndice A

El chequeo de la enseñanza de una iglesia

Supongamos que usted, o alguien que usted conoce, está buscando formar parte de una iglesia particular. ¿Cómo hace para chequear la enseñanza de la iglesia? Además de las recomendaciones generales hechas en el último capítulo de este libro, me gustaría ofrecer algunos lineamientos para chequear la enseñanza de una iglesia específica.

(1) *Tenga una clara idea sobre qué clase de enseñanza desea usted.* Esto suena obvio una vez que se dice. Ante todo, es de esperarse que usted esté comprometido con la enseñanza ortodoxa. Pero hay grados de sana doctrina incluso entre las iglesias ortodoxas. Hay dos clases de preguntas que usted puede hacer.

Primero, puede preguntar: ¿Toma esta iglesia seriamente la doctrina de manera equilibrada? Usted desea una iglesia que les dé doctrinalmente a sus miembros tanto “leche” (enseñanza para creyentes nuevos e inmaduros) como “carne” (enseñanza para aquellos que prosiguen a la madurez en su fe). Algunas iglesias parecen no ofrecer nada salvo clases de escuela dominical sobre la familia, la administración del dinero y otros tópicos doctrinalmente “livianos”; otras iglesias parecen ignorar estos tópicos tan prácticos y concretos. De modo que usted desea un equilibrio. Usted desea también una iglesia que esté enseñando sana doctrina en un amplio rango de asuntos doctrinales. Algunas iglesias, desafortunadamente, parecen enseñar acerca de un solo tema doctrinal (sea la justificación por la fe, los dones espirituales, o el final de los tiempos). De nuevo, se requiere un equilibrio. ¡Pero recuerde que ninguna iglesia puede estar enseñando todo durante todo el tiempo!

Segundo, puede usted preguntarse: ¿Adopta esta iglesia alguna posición doctrinal que me sería difícil apoyar? Otra forma de preguntar esto es: Si yo trajera a alguien a esta iglesia y escuchara esta enseñanza, ¿me incomodaría? Usted tendrá que decidir cuáles son estas doctrinas. En algunos temas debe ser capaz de ser flexible, porque no son cruciales; pero en otros, usted puede decidir que necesita adoptar una posición. Esta cuestión será a menudo más importante para alguien que espera participar en el ministerio de enseñanza de la iglesia. Después de todo, una cosa es asistir a una iglesia que enseña una opinión del milenio diferente que aquella que usted personalmente cree; otra cosa es que se le pida que usted mismo enseñe aquella opinión.

(2) *Averigüe sobre las afiliaciones religiosas.* El nombre de una iglesia puede decirle mucho acerca de sus creencias, o no. El primer paso en tales casos es preguntar si es parte de una denominación o asociación de iglesias, y cuál.

(3) Solicite una declaración doctrinal. Muchas iglesias tienen su propia declaración doctrinal, incluso aquellas que pertenecen a una denominación. Ejercza discernimiento cuando lea la declaración. Algunas declaraciones doctrinales en ciertos temas expresan detalles que van más allá de lo que se espera que todos los miembros acepten, aunque todos los maestros se ciñen a ellos. A menudo esto es cierto en temas tales como el bautismo de bebés, el milenio, y los dones espirituales. Otras declaraciones doctrinales no le dicen lo suficiente, o son deliberadamente vagas de modo de ser lo más inofensivas posibles para aquellos con preocupaciones por la pureza doctrinal. Aún otras iglesias profesan suscribir credos o confesiones históricos, pero los ignoran o los reinterpretan sobre la base de una teología liberal. Así que ejerza discernimiento.

(4) Descubra quién fundó la iglesia o la denominación y quiénes son hoy sus líderes. A veces usted puede estar impedido de identificar lo que realmente defiende una iglesia hasta que descubra quién la fundó o quién es su actual líder.

(5) Consulte obras de referencia estándares. Existen varias obras enciclopédicas de referencia que contienen información significativa sobre la mayoría de los grupos religiosos que usted probablemente encuentre. Desde luego, los grupos muy nuevos o muy pequeños no serán mencionados. Las siguientes son algunas de las mejores:

Elwell, Walter A., Director. *Evangelical Dictionary of Theology* (Diccionario evangélico de teología), 2ª Ed. Grand Rapids: Baker Academic, 2001. Artículos de mediana extensión sobre los principales movimientos y temas teológicos y teólogos.

Douglas, J. D., Director. *The New International Dictionary of the Christian Church* (El nuevo diccionario internacional de la iglesia cristiana). Grand Rapids: Zondervan, 1988. Artículos habitualmente breves sobre determinados individuos, acontecimientos, sectas, denominaciones y grupos.

Ferguson, Sinclair B., Wright, David F. y Packer, J.I., Directores. *New Dictionary of Theology* (Nuevo diccionario de teología). Downers Grove: InterVarsity Press, 1988. Artículos habitualmente breves sobre determinados individuos, acontecimientos, sectas, denominaciones y grupos.

Melton, J. Gordon. *The Encyclopedia of American Religions* (La enciclopedia de religiones estadounidenses), 7ª Ed. Detroit: Gale Research, 2002. La obra más exhaustiva de su clase, que enumera prácticamente cada grupo religioso de cualquier clase en Estados Unidos (y la mayoría de otras partes) que tengan más que unos pocos cientos de miembros (y muchos más pequeños también). No está escrito desde una perspectiva evangélica, pero es generalmente exacto y útil.

Apéndice B

Sobre el uso de la palabra *secta*

¿En qué piensa usted cuando escucha la palabra *secta*? Es probable que piense en un grupo religioso opresivo, con un liderazgo dictatorial, que practica una forma severa de control mental sobre sus miembros. Tales sectas existen, por supuesto, y a menudo son motivo de preocupación para todos, incluyendo a los no cristianos.

No obstante, los protestantes evangélicos tienden a emplear la palabra *secta* tanto para referirse a grupos social y psicológicamente destructivos como para otros grupos que pueden ser socialmente más aceptables. A menudo, los evangélicos llaman secta a un grupo si abraza la herejía, independientemente de su carácter social. Obviamente, esto puede ser confuso para la gente e innecesariamente ofensivo para los miembros de tales “sectas” teológicas.

Mi recomendación es que los cristianos eviten clasificar grupos como sectas, a menos que encajen en el perfil sociológico y psicológico de una secta, tal como es entendido incluso por no cristianos. Desde luego, si tal grupo también abraza la herejía, será una secta también en aquel sentido teológico. Pero, a mi juicio, emplear la palabra *secta* para referirse a grupos religiosos socialmente establecidos que abrazan la herejía es contraproducente.

Cuando me refiero a grupos religiosos que enseñan herejía pero están más o menos establecidas socialmente, prefiero llamarlos religiones heréticas o grupos no ortodoxos. Estas clasificaciones son más descriptivas y menos prejuiciosas que la clasificación de secta. Por supuesto, a nadie le gusta que se lo llame no ortodoxo o hereje. Pero usted tiene una mayor probabilidad de ser comprendido que si les llama sectarios.

De ningún modo defiendo abstenerse de llamar secta a un grupo, si merece la clasificación. Algunas religiones son sectas en el sentido más siniestro posible. Pero raramente va a ser escuchado si llama a la religión de alguien una secta en su propia cara. Es probable que piensen que no pueden ser una secta porque saben muy bien que son gente normal, que adoptaron libremente su religión, que aman a sus familias y viven vidas responsables en sus comunidades.

Por lo demás, poco bien hace emplear cualquier clasificación cuando se confronta a gente que está en falsos sistemas religiosos. Es mejor que sea tan descriptivo y poco irritante en su lenguaje como le sea posible. Pero si se le pide su evaluación de un grupo, no debe vacilar llamarlo sectario o herético o apóstata, si le calza el zapato. El principio a seguir en todas estas situaciones es el de hablar la verdad en amor (Efesios 4:15).

Glosario

Aberrante: Algo descentrado o en error en alguna forma importante, de modo que la doctrina o la práctica debieran ser rechazadas, y considerarse que quienes la aceptan están pecando, aunque puedan muy bien ser cristianos. Vea el capítulo 6.

Apostasía: Una caída o abandono de una posición ortodoxa previamente mantenida (como en ciertas denominaciones que alguna vez sostenían la ortodoxia pero la han rechazado). Adjetivo: **Apóstata**.

Bíblico: Concordante con la enseñanza de la Biblia o fiel a ella. Cualquier cosa que sea contrario a su enseñanza es **antibíblico**, aunque esta palabra habitualmente se usa solamente cuando la enseñanza bíblica violada es clara y de señalada importancia.

Cisma: Una división dentro de un grupo religioso, en especial una que divida a unos cristianos de otros. Adjetivo: **Cismático**.

Culto: En español y en el contexto religioso, esta palabra se refiere a la honra que se le brinda a lo que se considera sagrado, así como a las ceremonias con las cuales se expresa tal honra. Aunque suena parecida y tiene la misma etimología, la palabra inglesa *cult* se emplea para referirse a una secta, en las acepciones segunda y tercera que se presentan para este vocablo más abajo.

Denominación: Un cuerpo religioso que se origina como un movimiento o un grupo cristiano y que generalmente se clasifica como un cuerpo cristiano independientemente de su ortodoxia doctrinal.

Discernir: Identificar la verdadera naturaleza de un espíritu, una doctrina, una práctica o un grupo. Distinguir la verdad del error, el error extremo del error leve, lo divino de lo humano y lo demoníaco.

Doctrina: Contenido de la enseñanza destinada a ser aceptada y creída como la verdad.

Dogma: Doctrina que una iglesia o un grupo espera que sus miembros acepten para permanecer en una posición aprobada; o una enseñanza que una iglesia o grupo espera que sus miembros acepten simplemente sobre la base de la autoridad de la iglesia o grupo. Adjetivo: **Dogmático**.

Excomunión: Una acción disciplinaria de la iglesia, en la cual una persona que se rehúsa a arrepentirse de promover opiniones heréticas, o de cometer pecado grave, deja de ser aceptada como miembro de la iglesia. Tal persona no puede participar en las ordenanzas de la iglesia, ni puede enseñar o ministrar en ninguna forma y, en casos extremos, puede solicitársele que se abstenga de concurrir a las reuniones de la iglesia. A veces llamada **expulsión**.

Herejía: Una doctrina que es errónea de tal forma que los cristianos deben separarse como iglesia de todos cuantos la enseñan o la aceptan. Quienes se adhieren a la herejía están

presuntamente perdidos, aunque los cristianos son incapaces de emitir juicios definitivos sobre este asunto. La herejía es lo opuesto a la ortodoxia. Quien sostiene una herejía es un **hereje**. Adjetivo: **Herético**. Vea el capítulo 5.

Heterodoxa: Enseñanza que difiere de la ortodoxa en alguna forma significativa; puede tener varios grados.

No ortodoxo: Lo que se aparta en cierto grado de la ortodoxia, aunque sin llegar necesariamente a ser una herejía explícita.

Ortodoxia: El conjunto de enseñanzas bíblicas esenciales. Quienes las abrazan deben ser aceptados como cristianos. Es lo opuesto de la herejía. Adjetivo: **Ortodoxo**. Vea el capítulo 5.

Ortopraxis: La práctica correcta requerida a cualquiera que vaya a ser considerado cristiano.

Sana: Doctrina que concuerda con la enseñanza bíblica y es fiel a ésta y a la ortodoxia por encima de un mínimo básico, de forma que los cristianos pueden ser alentados a seguirla. Contrasta con aberrante, que es apenas o inconsistentemente ortodoxa. Su opuesto, **insana**, puede usarse para expresar grados de deficiencia en la sanidad de una doctrina.

Secta: Esta palabra tiene en español varios significados relacionados. 1. Estrictamente hablando, se dice de un grupo religioso formado como resultado de un cisma, en particular uno que es bastante pequeño y relativamente nuevo. 2. Un grupo religioso originado por sostener una herejía, a la cual se adhiere decididamente. 3. Un grupo religioso o semirreligioso que exhibe comportamiento antisocial extremo. Adjetivo: **Sectario**, que puede usarse acerca de una tendencia o acerca del estatus pleno como secta. Vea el Apéndice B.

Subortodoxa: Enseñanza o práctica que es menos que ortodoxa, pero no explícitamente opuesta a la ortodoxia.

Lecturas recomendadas

BRAY, Gerald. *Creeds, Councils and Christ: Did the Early Christians Misrepresent Jesus?* (Credos, concilios y Cristo: ¿Representaron mal a Jesús los cristianos primitivos?). Ross-shire, UK: Mentor, 2009.

Estudio histórico que defiende los credos como expresiones fieles de la enseñanza bíblica.

BROWN, Harold O. J. *Heresies: The Image of Christ in the Mirror of Heresy and Orthodoxy from the Apostles to the Present* (Herejías: La imagen de Cristo en el espejo de la herejía y la ortodoxia desde los apóstoles hasta el presente). Peabody, MA: Hendrickson, 1998.

Una visión general de la historia de la iglesia, enfocada en las respuestas ortodoxas a la herejía.

GRUDEM, Wayne A. *Systematic Theology: An Introduction to Biblical Doctrine* (Teología sistemática: Una introducción a la doctrina bíblica). Grand Rapids: Baker, 2000.

Uno de los mejores libros de texto completo de teología sistemática evangélica. Existe edición en español: *Teología sistemática: Una introducción a la doctrina cristiana* (Miami, Vida, 2007).

Para un compendio de nivel popular de esta obra, véase su libro *Christian Beliefs: Twenty Basics Every Christian Should Know* (Creencias cristianas: Veinte temas básicos que todo cristiano debiera conocer), ed. Elliot Grudem (Grand Rapids: Zondervan, 2005). En castellano está disponible una versión condensada de su *Systematic Theology* (Teología sistemática): *Doctrina bíblica: Enseñanzas esenciales de la fe cristiana* (Miami, Vida, 2005).

FRAME, John M. *The Doctrine of the Knowledge of God: A Theology of Lordship* (La doctrina del conocimiento de Dios: Una teología del señorío). Phillipsburg, N.J.: Presbyterian & Reformed, 1987.

Sobre el método teológico y apologético. Tiene una discusión muy útil sobre credos y confesiones, un excelente tratamiento sobre el uso de la lógica de manera sensible, y mucho más.

KOMOSZEWSKI, J. Ed, M. James Sawyer, and Daniel B. Wallace. *Reinventing Jesus: How Contemporary Skeptics Miss the Real Jesus and Mislead Popular Culture* (Reinventando a Jesús: Cómo los escépticos contemporáneos desconocen al real Jesús y desorientan a la cultura popular). Grand Rapids: Kregel, 2006.

Trata sobre malentendidos cruciales acerca del cristianismo que son populares en la cultura contemporánea (que no podemos saber lo que decían originalmente los libros de la Biblia, que la iglesia suprimió libros que decían la verdad acerca de Jesús; que la iglesia no consideró divino a Jesús hasta Constantino, etc.).

POYTHRESS, Vern S. *Symphonic Theology: The Validity of Multiple Perspectives in Theology*. (Teología sinfónica: La validez de múltiples perspectivas en teología). Grand Rapids: Zondervan Academic, 1987; Phillipsburg, NJ: P&R, 2001.

Distingue el desacuerdo sustantivo de las perspectivas diferentes pero complementarias; mucho de lo que he escrito sobre la naturaleza parcial de la doctrina proviene de este libro.

Ministerios de discernimiento doctrinal y enseñanza

La edición original de este libro daba una lista muy corta de ministerios de discernimiento. Algunos de estos han dejado de funcionar o han cambiado en alguna forma, mientras que otros han surgido como más significativos. La organización *Evangelical Ministries to New Religions* (Ministerios evangélicos para las nuevas religiones) tiene una lista de sitios webs (dev.emnr.org/links) operados o recomendados por algunas de sus actuales organizaciones miembro.

Si desea comunicarse con el autor, puede escribir a la siguiente dirección:

Robert M. Bowman Jr.
P.O. Box 293
Rockford, MI 49341
United States of America
www.robertbowman.net

También puede contactarse con el ministerio IRR:

Institute for Religious Research
600 West Street
Cedar Springs, MI 49319
United States of America
www.irr.org

Además, recomiendo mucho la siguiente organización para quienes desean estudiar doctrina cristiana:

Credo House Ministries
1209 Cedar Ridge Road
Edmond, OK 73013
United States of America
www.credohouse.org

Otras obras del autor

- Why Truth Matters: 10 Common Doctrinal Errors* (Por qué la verdad importa: Diez errores doctrinales comunes). Torrance, CA: Rose Publishing, 2010.
- Jesus: Fact & Fiction* (Jesús: Hecho y ficción). Torrance, CA: Rose Publishing, 2008.
- 10 Questions & Answers on Angels* (10 preguntas y respuestas sobre los ángeles). Torrance, CA: Rose Publishing, 2008.
- Putting Jesus in His Place: The Case for the Deity of Christ* (Poniendo a Jesús en su lugar: El caso de la divinidad de Cristo). Coautor, J. Edward Komoszewski. Grand Rapids: Kregel, 2007.
- Sense and Nonsense about Heaven and Hell* (Sentido y sinsentido sobre el cielo y el infierno). Co-autor, Kenneth D. Boa. Grand Rapids: Zondervan, 2007.
- Sense and Nonsense about Angels and Demons* (Sentido y sinsentido sobre ángeles y demonios). Co-autor, Kenneth D. Boa. Grand Rapids: Zondervan, 2007.
- Faith Has Its Reasons: An Integrative Approach to Defending Christianity* (La fe tiene sus razones: Un enfoque integrador para la defensa del cristianismo). Coautor, Kenneth D. Boa. 2nd ed. Waynesboro, GA: Authentic Media—Paternoster, 2006.
- Denominations Comparison* (Denominaciones comparadas). Torrance, CA: Rose Publishing, 2003.
- 20 Compelling Evidences for Belief in God: Discover Why Believing in God Makes So Much Sense* (20 razones convincentes para creer en Dios: Descubra por qué creer en Dios tiene tanto sentido). Coautor, Kenneth D. Boa. Colorado Springs: Cook—RiverOak, 2002. Existe versión en español: *20 evidencias irrefutables de que Dios existe* (Miami, Vida, 2006).
- The Word-Faith Controversy: Understanding the Health and Wealth Gospel* (La controversia Palabra de Fe: Comprendiendo el evangelio de la salud y la prosperidad). Grand Rapids: Baker, 2001.
- An Unchanging Faith in a Changing World: Understanding and Responding to Critical Issues That Christians Face Today* (Una fe inalterable en un mundo cambiante: Entendiendo y respondiendo a temas críticos que los cristianos enfrentan hoy). Coautor, Kenneth D. Boa. Nashville: Thomas Nelson, 1997.

Sobre el autor



Robert M. Bowman Jr. es un apologeta cristiano evangélico y erudito bíblico con más de 30 años de experiencia en la defensa de la fe cristiana y la investigación de grupos religiosos. Fue Director Ejecutivo del Institute for Religious Research (IRR), y trabajó junto al difunto Walter Martin en el Christian Research Institute (CRI). Dictó cursos de apologetica, estudios bíblicos y religión en universidades, y se ha destacado en conferencias, debates y en entrevistas radiales.

Obtuvo una Maestría en Estudios Bíblicos y Teología del Fuller Theological Seminary, y alcanzó su Doctorado en Estudios Bíblicos en South African Theological Seminary. Escribió innumerables artículos en destacadas revistas evangélicas, y es autor de varios libros sobre apologetica, religión y teología bíblica. Además de *Ortodoxia y herejía*, otro de los libros de Rob que fue traducido al español es *20 evidencias irrefutables de que Dios existe*, que escribió junto a Kenneth D. Boa y fue publicado por Editorial Vida en 2006. Rob está casado con Cathy, con quien tiene cuatro hijos.

